



León Manso

CIO
92
0740

"Vida y anécdotas"

José Joaquín Orozco Sandoval

Edwin Orozco Flores

Agradecimiento

*A mis hijos, por el esfuerzo, la comprensión y
el amor que pusieron para que mis modestas
letras coronaran un afán.*

ESTIMADO LECTOR:
PROTEJA NUESTROS LIBROS,
SON PARA USTED Y LAS
SIGUIENTES GENERACIONES



BIBLIOTECA OCCIDENTE - UCR



0153400

0153400

21 MAR 2011

808.882

074-1

Orozco Flores, Edwin

León Manso: Vida y anécdotas de José Joaquín Orozco

Sandoval/Edwin Orozco Flores. - San Ramón, Alajuela

Publicaciones Comerciales W y M, S.A. 2010

88 p.; 22 cm.

ISBN 978-9968-47-311-8

1. LITERATURA Y RETORICA 2. ANECDOTAS

No está permitida la reproducción total o parcial de este documento, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotografía, por registro u otros métodos, sin permiso previo y por escrito del autor.



León Manso



León Manso

"Vida y anécdotas"

José Joaquín Orozco Sandoval

Edwin Orozco Flores



José Joaquín Orozco Sandoval



Introducción

He querido escribir este relato o biografía de mi padre, José Joaquín Orozco Sandoval, no con el fin de crear un héroe o una figura pública de gran relevancia en la sociedad ramonense que, se ha distinguido siempre por ser cuna de grandes próceres, hombres y mujeres ilustres en el campo de las letras, el arte, deporte y política, con trascendencia allende de nuestras fronteras y que han ocupado un lugar preponderante dentro de los ámbitos culturales e históricos de nuestro país.

Más bien se trata de rescatar, reconocer y recalcar, ese largo, larguísimo peregrinar por los caminos de la existencia, de un ciudadano que sin tener grandes atestados, títulos y ni siquiera una escolaridad primaria completa, tuvo sus grandes logros en el marco de la tolerancia y la buena opinión de la ciudadanía ramonense.

José Orozco, supo ganarse la amistad de todos, su manera de ser un tanto polifacética, su gran sentido del humor, la gran disponibilidad para ayudar al amigo o al prójimo, su honestidad y su espíritu de lucha, le hicieron merecedor de respeto y hasta de admiración; más allá de eso y lo más importante, fue la raíz, el pilar fundamental de una familia que supo extraer de sus pensamientos y actitudes acertados o no, esa sustancia formadora de buenos principios de lucha, de superación, de fe y de moral.

José Orozco, hijo de mujer sola, nacido a finales de 1895, el 30 de setiembre, época difícil, la pobreza extrema, falta de oportunidades, de trabajo, educación y de salud, entre otros, golpeaba duramente a la mayoría de los costarricenses, enfáticamente a las zonas rurales del país, a la familia Orozco Sandoval, les tocó arrastrar y vivir esa carga de penurias casi insoportables. En esa época, la máxima aspiración de los muchachos, era conseguir un trabajito de peón en alguna finca o familia adinerada, situación estrujante que mutilaba las expectativas de superación, de cultivarse y de alcanzar ciertas metas.

José Orozco, al igual que la mayoría de los ciudadanos, nació con un reto, duro e inexorable; la supervivencia, hacer frente y superar todas las calamidades con dignidad, caminar y hacer camino hacia un futuro desprovisto de posibilidades, pero con esperanza.





Sin embargo, su mayor reto lo fue siempre: ser alguien. Este reto le llevó siempre a esforzarse, a superarse, a creer en sí mismo, fue la formación de su carácter, de su pensamiento y forma de actuar, fue su escuela y el que le hizo entender que el mayor reto del hombre, es la vida misma. Su espíritu de lucha, su fe y su convicción, nutrieron de fortaleza y actitud su gran hombría, al punto de no desfallecer ante circunstancias paupérrimas que la vida le mostrara. Su credo: con mente positiva y la ayuda de Dios, ¡todo lo puedo!. Ese pensamiento fue su coraza, su caballo de batalla, el que le llevó a disfrutar con hidalguía sus conquistas, materiales, espirituales, morales y familiares. José Orozco, supo transmitir ese credo positivo a todos y cada uno de sus hijos y luchó siempre por la unión y armonía familiar.

Muy apegado a su creencia religiosa, citaba algunos versículos de La Biblia y que ponía en práctica, sin embargo; era un tanto reacio para asistir a templos religiosos, lo que le produjo serios sinsabores y contradicciones en el hogar. El buen humor, el chiste oportuno y don de gentes, acrecentaron y reafirmaron su enorme popularidad en el ámbito ramonense, además, la gran sabiduría que fue adquiriendo a través de tantos años vividos en la universidad de la vida. Su filosofía sencilla pero profunda, - hay que vivir el día de hoy lo mejor posible, porque mañana no sabemos, siempre hay que decir que se está bien, nunca decir que se está mal aunque esté. porque la sugestión y el pensamiento negativo, son los peores enemigos del hombre, si uno dice que se va a enfermar, se enferma, si creé que algo le va a salir mal, le sale mal, por eso; si quieres conseguir algo, solo con mente positiva, esfuerzo y fe, lo conseguirás y agregaba: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (cita bíblica), pensamiento que mantuvo hasta el final de su carrera. José Orozco Sandoval, luchador insigne, supo extraer y atesorar de las vicisitudes, golpes, fracasos y hasta injusticias que el destino le presentó en diversas situaciones, esa nota de capacidad, de hombría, de tenacidad y de creer que el verdadero hombre, es el que sale adelante con dignidad ante cualquier circunstancia adversa que se le presente. Su romanticismo, idealismo y un poco de fatuosidad, le hicieron creer, que era un hombre extraordinario, y bajo mi punto de vista, porque le vi antes situaciones realmente difíciles, porque le vi llorar como lloran los hombres, en las sombras de la intimidad, porque le vi aferrarse a la idea del sí se puede y porque le vi triunfar, creo que realmente era un hombre extraordinario. Se dice que vivir es sentirse dueño de sí mismo y José Orozco vivió.





REMEMBRANZAS QUE AFLORAN CON EL AROMA DEL CAFÉ

Hay cosas que de nuestra mente jamás se borrarán

Hoy en la madurez de mi vida, todavía recuerdo vívidamente momentos muy especiales que vivía frecuentemente cuando tenía como 13 años, los cuales están ligados al calor corporal de mi abuelo José, su olor particular y el aroma del café que él tomaba en aquellos amaneceres que despertábamos a orillas del río Barranca.

Tengo profundamente gravado en mi mente el hermoso paraje de ruidoso despertar de la naturaleza, donde el canto de innumerables pájaros, adornado por el rumor del caudaloso río, era enzuelto por la bruma que desprendía el río, para rodear con su delicioso frío el lugar en donde yo me acurrucaba en el pecho de mi abuelo que estaba sentado en un banco de arena, absorto como en un trance de sublime contemplación.

Él me cubría con una frazada gris que también olía a mi abuelo, rodeándome con su mano derecha y ahí permanecíamos sin decir palabra hasta que oíamos el llamado de mi papá, que unos cuantos metros atrás de nosotros, en un tinamaste hecho con piedras y fuego de leña seca recogida por los alrededores, disfrutaba calentando el agua y chorreando el café, el cual despedía su aroma penetrante en todas las direcciones. Recuerdo a mi papá con la cafetera en la mano dejando caer un chorrito de agua bien caliente dentro de la bolsa y al mismo tiempo ver desprenderse de la bolsa por un lado el chorrito de color café y por el otro una pequeña columna de humo grisáceo, el cual avanzaba sublimemente hasta nosotros indicándonos que ya estaba chorreando el café.

Yo me levantaba al llamado de mi papá para traerle el jarro, que estaba calientísimo, a mi abuelo, me volvía a acurrucar en su pecho y él, tomando con su mano izquierda el jarro y rodeándome amorosamente con la derecha, me decía:

- José, disfrute la vida como yo siempre la he disfrutado, sanamente. La naturaleza se disfruta respetándola y tomando lo mejor que ella no da, por





eso a mí me encanta venir aquí con ustedes a tomarme un buen café.

Abí permanecíamos por largo rato contemplando el correr del caudaloso río, el cual formaba entre dos inmensas rocas, una serie de crestas de espumeante correr, las cuales se apaciguaban en la enorme poza frente a nosotros, que adquiría un color azul profundo, matizado por los primeros rayos del sol que se lograban filtrar entre las hojas de los árboles y que parecían hacer moverse a la bruma dentro de cada rayo. Yo trataba de distinguir los distintos sonidos procedentes del bosque que nos rodeaba, los cuales eran interrumpidos por el sonoro sorber del café caliente, que era la manera en que mi abuelo acostumbraba tomarse su café para no quemarse.

Esos olores, esos aromas, ese calor transmitido de cuerpo a cuerpo, son remembranzas que afloran a mi mente hoy en día cada vez que en la tranquilidad de mi cabaña, sentado sobre la arena de la playa, mirando de frente los primeros albores del día, mi hijo, con dificultoso caminar me vuelve a la bella realidad de la vida, cuando me dice:

- Papi, aquí le traigo su café. Cuidado se quema porque está muy caliente.

Yo tomo el jarro con mi mano izquierda e inconscientemente atraigo hacia mí a mi hijo y sentándolo en mi regazo lo abrazo con mi mano derecha, adopto la misma posición que hace tantos años atrás adoptábamos mi abuelo y yo. Él se queda conmigo muy quieto y observando la naturaleza hasta que termino mi café.

Durante ese rato yo reflexiono: Es curioso como los olores que me rodean hoy en día han cambiado, el olor del paraje de la playa es totalmente diferente al de la montaña, el olor del pelo de mi hijo es también distinto al olor de mi abuelo, pero el aroma del café, ¡ah! este aroma, es el mismo de siempre y me remonta a las hermosas vivencias de mi niñez.

Edwin Orozco Barrantes





La casita aquella

A mi padre
San Lorenzo de San Ramón

De jarales rodeada, limoneros y guayabos
noble. Erguida en medio del potrero,
madura de aromas y verde en soledades,
retando al yerno, al frío y al silencio.

Las alas del bosque tremulan la estancia
alegre el arroyo marca los linderos,
de noches guerreras negándose a morir,
armadas de grillos, carbunclos y cuyeos.

Cantos de sol el pulmón de las cigarras,
nostalgias varias la voz de los jilgueros,
cabalgata recia de lluvias y neblina
despintan el aura majestuosa de los cerros.

El grito cotidiano en la cuesta del ara,
entorno de humo en los viejos maderos,
ese era el castillo azul de quimeras,
mural de esperanzas mirando al cielo.

Allí la voluntad de hierro hecha hombre,
allí aquel viejo duro, mi indomable viejo,
arrancándole veranos a la lluvia,
espigando soles de ingrato cielo.

Sin más compañía que su propio yo,
el caballo, la vaca, el rifle y el perro,
un fardo de ilusiones pintadas de colores,
un poco de fe, valor y su Dios primero.





Allí en comunión, sudor, brazo y monte,
tierra, esperanza, lluvias y labriego,
allí el hechizo de auroras retoñadas,
premio al sacrificio, al valor y al esfuerzo.

Allí el santuario de plegarias sudorosas,
allí el encuentro del hombre con su ego,
allí el prodigio de la tierra y la presencia,
allí la gracia, el milagro y el misterio.

Hoy de la casita aquella solo queda
un fragmento de lucha ya sin truelo,
la huella activa y latente de mi héroe,
una queja, una lágrima, un poema.
y un recuerdo.





Capítulo I

Sus orígenes

A sus escasos cinco años de edad vio nacer el siglo veinte.

Era el segundo de seis hermanos, en el hogar formado por doña Mercedes Orozco Sandoval, mujer extraordinaria que, solita tuvo que hacer frente a mil y una batallas para sostener el peso, casi inaguantable, de una familia compuesta por siete personas, a las que tenía que alimentar, vestir, educar, etc.

Eran tiempos sumamente difíciles, la pobreza golpeaba duro a la gran mayoría de los pobladores y los recursos eran mínimos, para conseguir ingresos que ayudaran a solventar tantas necesidades, un par de zapatos valían \$2.50, pero todo el mundo andaba descalzo, la carne era un artículo de lujo, los chiquillos iban al matadero municipal los viernes, que era día de matanza y destace de reses y cerdos, cada uno llevaba una ollita para traer sangre de res, madroños y algunos desperdicios que les regalaban, y cuando había ternero de vientre, ese día era la gran fiesta, se hartaban de lo lindo.

Contaba José Joaquín que la cama suya eran dos cajones, una tabla y un saco de gangoche (casi siempre llegaba orinado a la escuela) secuelas del frío y desnutrición.

A duras penas cursó hasta tercer grado de escuela (sancochado como decía él), pues las penurias económicas así lo exigían, había que arrimar el cinquito a la casa, para ayudar a la mantención del resto de hermanitos (que cada día comían más).

A los once años logra concertarse (emplearse) en casa de don David Rodríguez, el trabajo: arrear vacas, terneros, caballos y hacer mandados, logra así un sueldito de dos colones al mes, que de medio servían para la causa.

Ya por esa época, su hermano mayor, Rafael, trabajaba en panadería y alistaba maletas, para irse a trabajar a las minas de Tres Hermanos. Por cierto, y como anécdota, Rafael y unos hermanos Montoya, pactaban peleas apostadas, a veces hasta seis reales llevaban en la apuesta, desde luego,





el peleador era José Joaquín, tenía que pelear porque si no recibía severo castigo.

Decía José Joaquín que le echaban, un tal José "Pisingo", que era durísimo pa' los guamazos, y que casi siempre perdían, la aporreada era doble.

José Joaquín, entra a trabajar a la panadería de don Norberto Carvajal. Con su entrañable amigo de infancia, Carlomagno Araya, quien fuera el gran poeta ramonense años más tarde. Amistad esta que perduró hasta el final del camino, cuando las canas daban fe de tantos años de luchas, aventuras, peregrinación y personalidad. A lo largo de éste, que parecía un interminable camino se encontraron tantas veces, cada uno con rumbos, ideas y actividades diferentes, pero fortaleciendo cada vez más, los entrañables lazos de amistad, sinceridad que los unió para siempre.

Contaban, que unos de sus mejores entretenimientos era la música, Carlomagno, ya daba muestras claras de su riqueza literaria y musical, compuso varios pasillos y vales románticos, que ellos mismos se aventuraban a cantar al pie de alguna ventana tosca de madera, con la gran ilusión, de que algún rayo tenue de luna, iluminara en algún momento el rostro agraciado y hermoso, de la chica que amaban con pasión.

Otro de sus grandes amigos, de infancia y de siempre, con quien compartió pobreza, penurias, trabajos y diversión, lo fue José Manuel Flores, el gran Lico Flores, amistad que perduró por más de noventa años, pues José Joaquín murió a la edad de noventa y nueve años y medio y Lico, a los cien y unos días.

Contaba Lico, que José Joaquín tenía gran talento para inventar juegos y ganar cinco a los demás chiquillos; en una oportunidad hizo un billar. era una tabla rectangular, bien cepilladita, un clavo en cada esquina y un cáñamo o manila, bien atilintado, que servía como bandas, donde rebotaban con gran agilidad las bolinchas de vidrio, unos taquitos de madera y listo el billar. Se jugaba de cinco céntimos la partida y cuando no tenían plata los jugadores apostaban botones.

Decía Lico, que en el barrio, todos los güilas, andaban con las camisas abiertas, sin botones, (José Joaquín tenía un bolsillo repleto de botones y cinco).



Otro de sus pasatiempos favoritos, era la carrera de caballos.

Casi todos los chiquillos de aquella época eran aventureros y traviesos, siempre andaban en los potreros, con el pretexto de recoger leña para llevar a sus casas, sabemos que en ese entonces, todo el mundo cocinaba con leña. Sólo algunas familias privilegiadas tenían cocina eléctrica. Pretexto también, para andar comiendo guayabas, naranjas, guabas, etc. y la visita a los trapiches los días jueves, que era el día de la molienda, porque los viernes era el día de plaza, todos los campesinos llevaban sus productos a vender al mercado.

Ese libre albedrío de los chiquillos, para andar en cuanto potrero había y fincas, no les podía faltar la idea y la travesura de coger caballos (ajenos por supuesto) y montarlos en pelo (sin montura o silla), así, se convirtieron en verdaderos artistas cabalgando a lo largo y ancho de aquellos potreros, (desde luego, las apuestas afloraban), cargados de guayabas, sirrises, manzanitas rosa, jocotes, flores de itabo, guabas, etc., eran el descargo de tantas penurias que asolaban sus hogares.





*Mercedes Orozco Sandobal
madre de José Joaquín*



Capítulo II

León Manso

A finales del siglo diecinueve y principios del veinte, era abismal la diferencia entre las clases sociales, aristócratas y ricos y el trabajador común y corriente. Don fulano era don fulano y el peón era el peón. Don fulano de buen hablar, estudiado, de muy buen vestir y desde luego adinerado. El ciudadano corriente, de ropitas más baratas, tal vez remendadas y manchadas, casi siempre sin chaqueta, sombrerito de pita y descalzos la mayoría. Se puede decir que la única relación que había entre estas dos clases, era laboral.

Los conchitos campesinos, en la escala social, estaban un peldaño más abajo todavía, a excepción, de algún gamonal, de esos hacendados, ganaderos o cafetaleros, etc. que sí tenían cierto acceso a esa clase alta, por aquello, de que poderoso caballero es don dinero.

Era notable y se sabía, que más de un aristócrata de éstos, debía grandes sumas de dinero a estos ricachones campesinos.

Curiosamente había cierto servilismo o complejo, de la gente simple, ante estas familias privilegiadas. Las mejores casas del pueblo eran de ellas; las tiendas, boticas, almacenes, zapaterías, etc. y los títulos profesionales como doctores, dentistas, abogados, ingenieros y otros, eran sello de garantía, para ser respetados y admirados, de parte de los ciudadanos modestos del pueblo.

Estas familias tenían sus sitios favoritos, donde reunirse a sus tertulias, juegos de salón y bailes. El buen vestir, era ley, los caballeros hacían gala de sus casimires ingleses, finisimas camisas, mancuernillas de oro con su leontina también de oro, de bolsa a bolsa, zapatos caros y un buen sombrero importado de Italia, y donde más se notaba esta diferencia de clases era en la iglesia, las familias distinguidas de entonces, tenían comprado todos los escaños o bancas de primera fila, en ellas no podía sentarse nadie que no fueran ellas.

Precisamente, en una salida de misa, un domingo a las diez de la mañana, del año 1893, se cruzaron miradas, un tanto atrevizadas, un tanto románticas, un





tanto maliciosas, el fino caballero de la alta sociedad, conocido y respetado don Luis Rodríguez, fue alcalde del pueblo y tuvo el privilegio de ser el primer diputado de San Ramón (1882 — 1884), después se dedicaría al comercio en general y Mercedes Orozco Sandoval, muchacha humilde, sin ningún atestado a su favor, ni estudio ni nada, pero, de muy buen parecer; mujer alta, espigada, cabellera larguísima a la usanza de aquel entonces, su enorme sonrisa, su mirada retadora y su lozanía de manzana, provocaba admiración y malos pensamientos entre los parroquianos.

Siguieron viéndose y la flecha de Cupido se disparó, nació un corto romance, prohibido por supuesto, la sociedad no aprobaría ni perdonaría este hecho.

Al caballero don Luis, le tenían el mote de "León Manso", no se sabe si por su modo circunspecto, porque era muy bruto, o, por sus andanzas sigilosas y misteriosas, nocturnas. Y sucedió, lo que sucedía en aquel entonces, sucede ahora y seguirá sucediendo: un hijo ilegítimo, sin padre responsable.

Al quedar embarazada Mercedes, cosa que jamás esperaba, se apoderó de ella un odio enorme, que le ponía a hervir la sangre, contra Luis, León Manso, odio que se transmitió al feto. Cuando nació el niño lo bautizaron con el nombre de José Joaquín, pero cargó el mote despreciativo de León Manso.

Esto sucedió a inicios del año 1894.





Capítulo III

Las Minas

Pasó un tiempo y en alguna de las venidas a la casa de Rafael, que eran esporádicas por cierto, cada dos o tres meses, ya minero consagrado instó a José Joaquín para que se fuera a las minas.

—Vamos a las minas, a que te hagas hombre y ganés más plata, y salgás de una vez por todas de los chingos de tu mamá.

Esa sentencia era una orden, pues Rafael, como hermano mayor ejercía gran poder y autoridad sobre los demás hermanos.

Días antes de partir para las minas, aquella madrugada de un viernes de octubre, mil novecientos nueve, Rafael Orozco, hijo mayor de doña Mercedes, había venido a San Ramón, por quince días, primero: reabastecerse de ropa, calzado y algunas otras cosas, además traer dinero a la casa, pues costaba un mundo entrarlo por algún otro medio. Además, descansar y divertirse un poco. Rafael tenía un grupo de amigos, los hermanos Montoya, los Montero y otros más. Había una muchacha, de nombre Rosa y vecina del barrio, que tenía un tanto anonadado a Rafael. No podía pasar mucho tiempo sin verla. La gran diversión en el pueblo, para la clase trabajadora, que no podía visitar el club y algunos lugares de cierto prestigio: eran los billares. Punto de reuniones, tertulias y juegos, los muchachos llegaban a practicar el billar, jugar cartas, dominó y a escuchar a los más viejos contar sus anécdotas, chistes, aventuras y una que otra mentira, que resultaba muy agradable escuchar.

También era muy atractivo, cuando llegaban a jugar los billaristas reconocidos del entonces, los hermanos Alfaro, Tobías y Zayo, Alfredo Ulate y muchos más. Se practicaba mucho la modalidad de cubilete, que consistía en poner cuatro palitos de marfil de pulgada o pulgada y media en un círculo no mayor de cuatro o cinco pulgadas en el centro del billar, quien hiciera una carambola y botara un palito o pecado (así se le llamaba) debía pagar dinero extra y quien hiciera la carambola y pasara la bola tiradora o alguna otra por en medio de los pecados sin botarlos, ese era el gran ganador





de premios. Alistaron maletas, no era mucho lo que llevaba José Joaquín, su mayor maleta, estaba repleta de ilusiones pintadas de colores y esperanzas, según él, iba para un paraíso, a hacer amigos, hacerse hombre y sobre todo, ganar mucho dinero.

Esa noche del jueves anterior al día de la partida hacia las minas, el joven José Joaquín, casi no pudo conciliar el sueño, por ratos, desaparecían la almohada y las cerchas del aposento, su niña mente solo creaba sus hermosas quimeras y fantasías, en las páginas de aquel libro fantástico, iba escribiendo su propia novela, novela que el mismo leería algún día, quizás a sus hijos y nietos. Poco a poco el sueño fue haciendo su trabajo hasta cubrir totalmente los espacios de aquella mentecita soñadora. Se acabó el tiempo de dormir; la voz grave de Rafael se hizo sentir, - arriba hermanito, hay que jalar, el camino que nos aguarda es muy largo y duro. Aquella advertencia por supuesto no preocupó mucho al joven José que, cargado de esa vitalidad enorme que dan la inexperiencia y la ilusión, no tenía porqué amedrentarse ante aquel reto que le esperaba. El desayuno estaba listo. Café fuerte, un pintito y hasta queso hubo en ese día y natilla. Una vez llenas sus necesidades, recogieron sus morrales y abrieron la puerta, antes, el abrazo riguroso y nostálgico a su madre quien les saturó de advertencias y bendiciones hasta más no poder, al lado, una mesita con un candil llameante y un rosario, dispuestos a tolerar y escuchar la carga de peticiones que se aproximaba.

A eso de las cinco de la mañana, en el Alto de Santiago, en el tajo de Benjamín Cruz, empezaron las primeras claras del día a aparecer, anunciando el nacimiento de un nuevo día, prodigioso para algunos, duro y azaroso para otros, gran cantidad de atecillas canoras iniciaron el concierto matutino, bajo la dirección de los maestros yigüirros y la participación de algunos gallos solistas que sabían de memoria la partitura cotidiana. Semejante interpretación y la aparición de los primeros rayos de oro rojizo por entre los montes y los cerros, dio una nueva vitalidad al joven José Joaquín, quien apuró el paso en trotecitos, para alcanzar a su hermano Rafael, que le había ganado alguna distancia. Primera meta: llegar a Esparza, luego a Puntarenas, embarcarse hasta Punta Morales para seguir de pueblo en pueblo hasta llegar a Las Juntas, Guanacaste, allí harían contactos para ver si era posible colocar a José Joaquín entre los trabajos de las minas, pues era menor de edad y eso le imposibilitaba para trabajar dentro de la mina.





Cerca de Punta Morales, en un lugar llamado Coyoilito, vivía el manco Pa'gallo, viejo minero de gran experiencia en el oficio, ya retirado pues un fulminante o tubo de dinamita, explotó y le amputó la mano izquierda, casi a la altura del codo. La casa del manco Pa'gallo era punto de parada de Rafael y de algunos otros mineros que viajaban a la meseta y otros lugares. Esa noche, el manco y como era costumbre cuando tenía visitas quiso mostrar su único y gran tesoro, acumulado a lo largo de tantos años de luchas y vivencias, abrió la tapa de aquel romántico y sagrado baúl imaginario y fue sacando una a una las páginas doradas escritas con oro y sangre, para relatarlas a su mejor estilo, pausadamente, gran énfasis y un toque de orgullo y hombría que rebozaba los límites de su propio ego. Cada una de las historias hizo vibrar de emoción y admiración al joven José Joaquín, tanto que montado en una nube de fantasía se creyó por ratos, el héroe de aquellas historias extraordinarias.

El manco Pa'gallo, de mediana estatura, de anchas espaldas, pecho y brazos musculosos, definidos, tez renegrida de tanta exposición al sol, que en meses de verano era directo y soberbio, ojillos inquietos que parecían volar cuando narraba y enormes bigotes cenizos con su franja café quemada por el humo y la nicotina de los puros agrios y hediondos que fumaba, con el talón de la mano derecha, a cada instante, parecía que quería peinar u ordenar la maraña de pelos bruscos e indomables que crecían para todos lados. A las ocho de la noche terminó la sesión, había que mañanear, a Rafael se le proporcionó un petate y una colcha confeccionada con trozos de telas de todos colores, a José Joaquín, una esterita de venas de hoja de plátano y una colchita un tanto raída y descolorida por tantas horas de servicio. Muy temprano, ya desayunados, pagaron y agradecieron al manco y salieron rumbo al rancho del Paisa Segovia, éste alquilaba y prestaba servicios con caballos, la idea: llegar donde un muchacho de apellido Gamboa, quien tenía un destartado carretón tirado por un caballo que utilizaba para fletear y transportar gentes a varios lugares cercanos. Después de tantas penalidades, llegaron a Las Juntas de Abangares. Primer paso: visitar la oficina donde reclutaban trabajadores para las minas, y lo que ya sabían, no consiguieron trabajo para el muchacho, pues contaba con apenas quince años escasos. Aunque en ese tiempo no existían seguros ni leyes ni nada que controlara y asegurara la integridad y la vida misma de los trabajadores, si un minero moría en accidente, mandaban cuatro o cinco hombres a enterrarlo, les





daban una botella de guaro y aquí no ha pasado nada. Un grupo de mineros, amigos de Rafael, acordaron: dar trabajo al muchacho fuera de la mina y pagarle un sueldito entre todos, para asegurarle la estancia y reconocer el esfuerzo del joven. El trabajo: dar asistencia a los mineros con agua fresca, almuerzos, hacer mandados y hasta enjuagar algunas ropas en la quebrada, pues algunos mineros debían cambiarse, porque en los túneles se trabajaba con el fango en la cintura, barro espeso y pestilente. El hondureño Martínez, minero de experiencia, con años de servicio en la compañía, dio albergue a José Joaquín en su barraca.

Al poco tiempo de trabajar, el joven no solo fue ganando su platita sino fue ganando la confianza y la amistad de los muchachos que era tan importante para él. Nunca le dijeron el nombre para dirigirse a él, lo hacían con el mote de Chavalo, Chavalo aquí, Chavalo allá.

Los días de pago era fiesta en el centro del pueblo, había varias taquillas o cantinas abarrotadas de guaro de caña y de ron, bebidas favoritas de los mineros, y desde luego, contaban con la colaboración de un grupo de damas caritativas, dispuestas a saciar el furor y las fantasías de los mineros; algunos eran conocidas, como: La culo e fierro, La Magdalena, La renca, La tetas y otras, también venían muchachas hermosas, que eran motivo de disputas entre los clientes ya pasados de licor.

Noche de juerga, lujuria y desorden, a medida que entraba la noche en su madurez, los ánimos caldeaban como la fragua del herrero, en cada sombra de la noche, acechaba inminente peligro; se armaba cada bronca que belaba la sangre de cualquiera. Las consecuencias eran fatales, el arma blanca casi siempre imponía su ley en los estómagos, cuellos y otras partes de los cuerpos. Muchos perdieron la vida en las regertas. Uno de esos sábados de pago, el hondureño Martínez, se acicaló bien, se bañó, se puso su ropita de salir, camisa blanca y pantalón oscuro, tamaño pelota de brillantina en el pelo y un mejunje de olores repugnantes que le llamaba perfume.

"Chavalo, voy a salir, hay una hembra que me espera, en la olla hay comida, hoy te acostás cuando querrás, seguro regreso tarde, hasta luego."

A eso de la media noche, unos golpes furibundos en la puerta despertaron a José Joaquín.



Chavalo, Chavalo, abra.

Casi muerto del susto, José Joaquín encendió la carbura y abrió la puerta, poco le faltó para caer paralizado por la impresión aterradora que sufrió, Martínez, tinto en sangre y tambaleante le dijo:

- Andá a buscar ayuda y le enseñó el brazo, tenía una herida profunda desde el biceps hasta la palma de la mano, un pañuelo rojo encima de la herida como torniquete, que no era suficiente para contener la hemorragia exagerada que manaban las venas cortadas.

José Joaquín, con el corazón casi en la garganta por el susto, corrió como conejo a las barracas vecinas, una a una, estaban vacías, todos los mineros andaban de juerga, hasta que llegó donde un vecino, un señor negro con el pelo bastante cano, éste acudió al llamado inmediatamente, llevaba en la mano unas tiras de trapo para vendas y un potecito con alcohol, cuando llegaron, el espectáculo no pudo ser más aterrador, en medio de un charco de sangre yacía Martínez, ya con la vista parada, la boca abierta y sin respiración, nada se podía hacer. Aquel espectro espeluznante perseguía por mucho tiempo a José Joaquín, quien tuvo que refugiarse donde su hermano Rafael.

Pasaron los meses y José Joaquín logra enrolarse en la compañía Carretillero. Jalar material: No hay una versión exacta de si jalaba el material hacia los quebradores, o el mineral ya revisado de éstos a determinado sitio o botadero. Veinte céntimos por carretillado jalado. El joven José Joaquín estaba feliz del avance, aunque no existía garantía social de ninguna clase, ni siquiera buenos salarios que hicieran justicia al trabajo casi inhumano de las minas, pues el interés de José era aprender el oficio de la minería, poco a poco, con la ayuda y el consejo de los viejos mineros fue lográndolo.

Tres años en estas ingratas labores, hasta sufrió un terrible accidente, montó en un carro de los que transportan mineral del fondo de los taladros o túneles, hacia los quebradores, estos carros corren a cierta velocidad sobre rieles. Una pieza de madera, de esas que hacen marco en los túneles, se desprendió, José Joaquín no se percató por la escasa visibilidad imperante y ésta le dio de lleno en la cara. Mucho tiempo estuvo inconsciente tirado en piso encharcado, hasta que lo encontraron y le auxiliaron, hubo necesidad de llevarlo al pueblo, con la nariz quebrada y otros golpes de consideración,





según versiones, tuvo suerte de no matarse en el accidente. José Joaquín vuelve a San Ramón y promete no volver jamás a ese infierno.

Poco después de su regreso a San Ramón, fue la famosa y terrible huelga en la mina Tres Hermanos, en 1912, los mineros indignados por la muerte de un ramonense de apellido Sibaja, a manos de uno de los negros despotas contratados por la compañía y bajo el mando de un tal Mr. Thompson, hacían imposible la vida de los trabajadores. Supuestamente éstos extraían pequeñas cantidades de oro contrabandeado, para, según ellos ayudarse en la mantención de sus familias, pues los salarios eran sumamente bajos. La estrategia: alguno de los mineros salía a Puntarenas a hacer sus compras personales: ropa, alimentos, otros; era el pretexto para vender el oro (no hay datos de a quien), al regreso traía el dinero. Al descubrir tal cosa, la compañía contrata al grupo de negros a fin de evitar el contrabando.

El levantamiento y las represalias fueron tal que fue necesaria la intervención de las fuerzas del gobierno de don Ricardo Jiménez y otras autoridades aledañas para poder aplacar a la turba enloquecida, el saldo fue aterrador, una verdadera matanza hubo, casi todos los negros murieron y el mismo Mr. Thompson, quien había huido a Las Juntas, fue muerto de un balazo, en la reyerta, hasta el policía del pueblo, Pedro Rubio, perdió la vida tratando de dispersar a los revoltosos, abre fuego desde su oficina, los mineros en contraataque, lanzan candelas de dinamita sobre el tejado de la oficina, luego lo masacraron espantosamente, se dice que le pusieron dinamita en su cuerpo y le hicieron estallar.



Capítulo IV

92

0770

Los Tinoco

Una de esas tardes comunes y corrientes en el pueblo de San Ramón, José Joaquín, un tanto desorientado por la falta de trabajo, decide distraerse un poco y visita uno de los billares, al menos allí encuentra ambiente de amistad y gozadera, las tertulias eran fascinantes, siempre habían tipos de esos especiales, que hacían la velada más amena, con su gran repertorio de chistes, ocurrencias y mentiras y hasta de vez en cuando cundía en el ambiente, uno de esos malos olores traicioneros que escapan voluntaria e involuntariamente y que hacen reventar la risa de algunos y las malas palabras de otros, "que salve el alma porque el cuerpo ya no, que laven las tripas antes de cocinarlas, que sacudan el mondongo que se comen, ¿cómo cree que le quedó la mufía?", estas y otras expresiones más coloradas salían a relucir en medio de carcajadas, ademanes y vacilón. Esto amainaba un tanto la preocupación por la mala situación y la escasez de trabajo y recursos para hacer ingresar dinero a los hogares. La mayoría de los muchachos ramonenses iban a las minas o a los bananales de la zona sur, los resultados, funestos, casi siempre regresaban con poca plata, los muchachos a como la ganan la gastan, el libertinaje, los vicios y placeres los enruelven, sobre todo en el licor y las mujeres profesionales en venta de cariño y fantasías, además, llegan enfermos, palúdicos, tuberculosos o con enfermedades venéreas (gonorrea, sífilis y otras), agravando la situación.

Jugaba José Joaquín esa tarde una partida de billar con uno de sus amigos, era el año 1919 cuando intempestivamente, las fuerzas tinoquistas que gobernaban el país en ese entonces, hicieron prisioneros a casi todos los hombres que se encontraban ahí; la redada se extendió en otros sitios del pueblo, la razón: San Ramón fue uno de los primeros pueblos que se sublevaron contra la tiranía tinoquista. La situación era candente en el resto del país, la oposición contra el gobierno tiránico de los hermanos Tinoco, era cada vez más fuerte, ya habían brotado varios motines armados en la capital y movimientos guerrilleros en la provincia de Guanacaste. De ahí las represalias.

0153400



Julio Acosta García, ramonense, exiliado en El Salvador, a raíz del golpe de estado de los hermanos Tinoco al gobierno de don Alfredo González Flores, enero de 1917. Don Julio fungía como secretario de Estado de Relaciones Exteriores del gobierno. Estando en el exilio, fue llamado a dirigir el movimiento armado en contra de los hermanos Tinoco. El pueblo le apoyó masivamente. Suscribió el Manifiesto de Sapoá y motivó la gran batalla, conocida La Batalla del Jocote, librada entre Ahogados y Santa Rosa, en la Hacienda El Jobo, Guanacaste, esta ocurrió el 26 de mayo de 1919.

José Joaquín, a sus escasos veinte años fue preso, sin deber nada, sin tener nada que ver con la rebelión, junto con un grupo de ciudadanos ramonenses fue enviado a la Penitenciaría Central en San José. Su gran amigo José Ml. Flores (Lico) fue llevado a la isla de San Lucas. Como si fuera un criminal de guerra, José Joaquín, dejó de ver la luz del sol, encerrado en un calabozo frío y oscuro como una tumba para almas en pena, en condiciones infrahumanas vivió diecinueve días en aquel infierno desgarrador de almas y de cuerpos, donde la indignación y el dolor, podían más que el ego y la hombría, donde el desánimo y la humillación eran más que los deseos de vivir.

El frío, la mala nutrición y el desaseo calaban profundo en aquella celda ingrata. Con la misma ropa que tenía puesta, a los pocos días empezaron a brotar los famosos piojos de ropa, desagradable bichito éste, un tanto parecido al piojo común de cabello, se filtran entre las costuras de la camisa, pantalones y calzoncillos y se multiplican en grandes cantidades.

Al menos, en los abismos de su soledad y desesperación, tuvo un delicado pasatiempo, matar piojos de ropa y alepates.

Diecinueve días, casi eternos, en aquella maldita prisión, le hicieron meditar, reflexionar y hasta planear lo que sería su nuevo caminar por algún sendero de la vida, que lo condujera a un destino más prometedor y más esperanzador, en su desalentadora intimidad, hizo de cuentas que aquella vida aventurera y peligrosa de las minas, sin garantías de ninguna clase y sueldos miserables, no era lo que le sacaría de la pobreza y le asegurara un futuro estable y decente, por su mente angustiada hasta florecieron algunas ilusiones, aprender un buen oficio, economizar, hacerse una casita, dar una mejor calidad de vida a su viejecita y por que no, casarse, formar un lindo hogar y tener muchos hijos.





Pasó el tiempo y al fin libre, Beto Araya, gran amigo suyo desde la infancia, le llevó a su casa, le proporcionó algunas ropas, alimentos y una estancia temporal, mientras se orientaba y conseguía algún trabajo.

Se inscribe en una academia militar

Se inscribe en una academia militar, donde realiza algunos cursos de milicia y tácticas, adquiere ciertos conocimientos, que le serían carta de recomendación para enrolarse en una guardia de seguridad del propio presidente Julio Acosta García, quien resultara electo por el pueblo a raíz de la revolución que hiciera deponer el mando de los hermanos Tinoco, en octubre de 1919.

En el año 1920, José Joaquín Orozco Sandoval estuvo solamente unos meses trabajando como guardia de seguridad, pues no era oficio de su agrado. Su juventud e hiperactividad no le permitían desempeñar un trabajo que, según él, era sedentario y aburrido.







Capítulo V

Busca aprender un oficio

Solicita trabajo entonces en la galletería Pochet, deseoso de aprender un oficio, con gran entusiasmo y energía, fue surgiendo poco a poco, hasta alcanzar rango importante dentro de la empresa, tuvo a cargo una cuadrilla de veinticinco trabajadores y trabajadoras que, bajo sus órdenes formaron un excelente grupo de trabajo y rendimiento. José Joaquín, no solamente supo ganar la confianza y el respeto de sus dirigidos, sino también la de sus patrones y la empresa en sí.

José Joaquín tenía extraordinario sentido de buen humor, era listo y pronto para sacar el chiste de cualquier cosa o situación. En una oportunidad salieron de excursión, el personal de la empresa. Era común este tipo de paseos al campo, en busca de algún río, que para entonces hacían gala de aguas cristalinas y puras, al grado de que los muchachos hacían apuestas, lanzando una moneda en aguas profundas para sacarla en consumida, la moneda podía verse desde afuera y sorpresa; quien sacó la moneda fue una de las muchachas, dejando a los muchachos con el ego y el machismo guindando de un árbol.

Así transcurría el día, rico en camaradería, armonía, buenas intenciones y hasta planificaban para dar mejor rendimiento a la empresa.

Cabe mencionar que en ese tiempo no existía el Seguro Social ni leyes protectoras para los trabajadores, de lo que se aprovechaban algunos patronos inescrupulosos, para beneficio propio, salarios más bajos que los que se debían pagar, intolerancia y rudeza, por la menor falta el trabajador quedaba despedido, sin garantía de ninguna clase. Sin embargo, en esta empresa, las cosas andaban bastante bien, la relación obrero patronal era excelente.

Ya de regreso, después de disfrutar un día maravilloso y cálido en aquel edénico lugar, fueron marchándose un tanto dispersos, algunos salieron antes, otros caminaban muy rápido, lo cierto es que José Joaquín, fue quedándose un poco atrás, al ver que le llevaban cierta distancia, pensó en salirse con





una de las suyas, hizo que buscaba algo, a la vez que giraba en derredor, gritaba y silbaba constantemente, al escucharle los de adelante, pararon la marcha y al ver que en realidad había perdido algo, decidieron devolverse, al llegar donde éste, que buscaba incesantemente, le preguntaron:

¿qué perdió José Joaquín?

no, no, es que se me cayó un pedo y no lo puedo encontrar.

José Joaquín Orozco Sandoval, era su nombre completo, de pila, el cual le daba cierto respaldo, seguridad, como que le estimulaba un tanto el ego, presentarse con el nombre de José Joaquín, le daba cierta confianza, sentía que impresionaba con su nombre, quizá era una de las pocas cosas que le agradecía a su madre, en realidad José Joaquín guardaba muchos resentimientos de ella. Su hijo predilecto fue siempre Rafael, el mayor, tal vez porque fue el producto de su gran amor, porque su progenitor era de su mismo estatus social, un hombre trabajador y humilde, sin ninguna escolaridad, tal vez porque ese hijo vino a llenar ese vacío enorme de mujer sola y desprotegida, a la vez sintió quizás, un augurio alentador, de esperanza y de fe en un futuro más promisorio. La situación de José Joaquín, era distinta; por ser hijo no deseado, por ser hijo de quien era, un viejo de la alta sociedad que no tuvo nunca ninguna relación ni respaldo de parte de él. Esto le ocasionó a José Joaquín muchos sinsabores, la preferencia de su madre por Rafael era enorme, mientras que él, se sentía a veces despreciado. De ahí, el resentimiento que José Joaquín siempre guardó a su madre. Sin embargo; para él, su madre fue primero, nunca la desamparó, y vivió por ella hasta los últimos días de su existencia.

Cierto tiempo trabajó José Joaquín con los Pochet, fue objeto de gran estima de parte de ellos, no solo le enseñaron el oficio de galletería, sino también depositaron gran confianza en él, por sus aptitudes de servicio, de entrega al trabajo y dotes de mando. Todo ese tiempo la relación obrero patronal fue excelente, pero, su espíritu aventurero y sus ansias de conquistar lo desconocido, le llevaron a tomar una decisión, dejar el trabajo, con gran pesar, para él y para todos, pues los vínculos de amistad que existían eran muy fuertes y profundos. Fue dolorosa la decisión, pero ya había trazado planes. Aprender el oficio de pastelería fue lo que siempre le llamó la atención. Previamente había conversado con don Moisés Artavia, un

español radicado en el país desde hacia mucho tiempo, dicho señor poseía una pequeña cadena de tres pastelerías en la ciudad capital, San José. José entra a trabajar, en una de ellas en calidad de aprendiz, sus ingresos lógicamente, inferiores a los que percibía en la galletería, esto no le preocupó, pues los deseos de aprender el oficio y algún día tener su propia pastelería compensaba enormemente el sacrificio económico momentáneo del cambio de trabajo.

Con gran entusiasmo empieza a trabajar, y con cierta celeridad va aprendiendo el oficio, oficio que sería base fundamental para un desarrollo socioeconómico que le dio firmeza y seguridad para el resto de sus años.

Al poco tiempo de laborar y con cierto dominio del oficio, se hace cargo de uno de los talleres. Se especializa en la pasta hojaldre, decoración de queques y repostería fina.

Un año después, don Moisés enferma. Su edad avanzada y su quebranto de salud no le permiten seguir al frente de los negocios, decide entonces venderlos, era la gran oportunidad para José Joaquín, hacerse de su propio taller y realizar así uno de sus grandes sueños. Pero, no tenía suficiente dinero. Sin embargo, don Moisés, además del gran cariño que le profesaba a José Joaquín: "muchacho, cogé el taller y hay me lo va pagando como podás. Sintió José Joaquín que tocaba la gloria con las manos y que los sueños se hacen realidad si hay persistencia, tenacidad y deseos de lograrlos.





Capítulo VI

José Joaquín inicia una nueva etapa de su vida

Al sentirse ya dueño del taller de pastelería, experimenta un cambio radical, no solo emocional sino socialmente, la situación es otra, hay más responsabilidad, pero más importancia en lo que se hace, más preocupación, pero más amor en las cosas que se planean y se llevan a cabo, más desvelos, pero más ilusión al sentir que se pinta un futuro más prometedor.

Consigue créditos en los mejores almacenes de San José: Almacén Sonta Hnos., Almacén José Raventós y otros. Estos almacenes y las recomendaciones de don Moisés, propician a José Joaquín gran confianza y seguridad, llena así sus bodegas de materiales para la elaboración de sus productos y comienza a expandir la producción. El negocio va creciendo como una ola de mar, al punto, que a poco más de un año, canceló sus deudas con don Moisés, quien moriría poco tiempo después.

El negocio crece a tal grado, que el tallercito se le hace pequeño, busca un local más grande y cómodo y que fuera un mejor punto comercial, lo encuentra, situado en los bajos del periódico La Prensa Libre San José. El éxito en el negocio le da a José Joaquín cierta solvencia económica, empieza a darse ciertos lujos y visitar algunos lugares de alguna importancia social, cuentan que ganó un concurso de baile en uno de esos sitios.

Vestía admirablemente bien, tenía gran atractivo físico, personalidad y era sumamente alegre, en los salones de baile se distinguía por su gran clase en el bailar, estas cosas lógicamente le produjeron muchas aventuras amorosas, de una de ellas por cierto nació un hijo, a quien le llamaron Franklin Sáenz, José no le dio su apellido, pero, en alguna forma vio por él y le reconoció como hijo, este muchacho no tuvo muy buen rumbo, se metió en problemas con la justicia y murió muy joven.

Conoce José Joaquín a una liberiana, muchacha guapísima y de muy buenas costumbres, humilde, de nombre Paz, al menos así le llamaba, se enamoran y conviven en unión libre, de esta unión nace una niña que





bautizan con el nombre de Libia, José le da su apellido, Libia Orozco, pocos años dura esa relación y se separan. Conoce José Joaquín a una dama de nombre Leticia Reyes, quien ostenta una posición muy elevada, tienen un noviazgo formal, algún tiempo y deciden casarse y formar un hogar con todas las de la ley. Sin embargo, esta relación tampoco dura mucho, se divorcian sin tener hijos, más adelante tuvieron uno, fuera del matrimonio al que le pusieron el nombre de Wilbert, todo esto sucedió cuando José tenía formado un hogar con Olga Flores, y ya había un hijo de esta relación, Edwin, esta irresponsabilidad de José Joaquín, convulsionó grandemente los ánimos de la pareja, sin embargo la relación entre ambos perduró por muchos años. Vendrían otros hijos: José Luis, Luz Annia y Jonathan, éste último, prematuro y con algunas deficiencias físicas.

El negocio tiene un auge notable, José Joaquín cuenta con doce vendedores y buenas ventas de despacho, es cuando llama a su negocio Pastelería La Duquesa. Antes de ésta, José, estuvo un tanto desorientado, formaba parte de una barra brava de ramonenses residentes en la capital, éstos se distinguían por ser apostadores, bebedores y peleadores, no había un sitio donde llegaran que no se armara una bronca, en salones de baile, fiestas o cantinas y en las fiestas grandes de San José (fiestas cívicas) cuando esta barra pegaba un "viva San Ramón", se armaban unos broncones que daba miedo, pues esta barra brava era muy conocida y temida hasta por la policía, contaba Víctor Quesada, ramonense y parte de la barra, que en un zafarrancho de esos intervino la policía repartiendo garrotazos y cuando uno de ellos quiso golpear a José Joaquín con el garrote, éste le conectó un zurdazo que lo acomodó en el desagüe, Víctor recogió el garrote y el quepis (gorra o visera que usaban los policías) y se los llevó para la casa como recuerdo. Esta vida bohemia y desordenada, fue calando profundo en los intereses económicos del negocio, al punto de que algunos de sus empleados comenzaron a abandonarle, por ende la producción y las ventas bajaban vertiginosamente, tanto, que estaba al punto de quiebra. Cuando más caído estaba moralmente, como en la parte económica, aparece un buen samaritano, Próspero Ramírez, como enviado por Dios, este hombre, un buen vecino que hacía tiempo observaba el comportamiento de José Joaquín, decide acercarse y hablarle, le trata con cariño y comprensión, le muestra la palabra de Dios a través de los evangelios y le convence de que hay una esperanza y un camino que conduce a la salvación, Cristo Jesús.





Es notorio el cambio que experimentó José Joaquín, renovado totalmente, moral y espiritualmente y cargado de nuevas energías y deseos, inicia la reconstrucción de su alicaído negocio, poco a poco le va poniendo en su verdadero nivel.

1936 nace su segundo hijo, José Luis y resuelve volver a su querido y añorado terruño, el pueblito que le vio nacer y cobijó todos los sueños y penas de su dorada y gris niñez y juventud, San Ramón. Vende la pastelería a don Ramón Gómez y regresa a su pueblo.





Capítulo VI

Inicia con pequeñas pastelerías

Instala su nuevo hogar en casa que alquila a don Juan José Chacón, cerca del potrero La Sabana, donde se ubica hoy el estadio de fútbol de San Ramón, alquila un tallercito para la elaboración y monta un despacho céntrico, 50 metros al oeste del parque, calle principal, contiguo al bufete del Lic. Adán Elizondo. No le da resultado el negocio, pues pagar 3 alquileres, no le es rentable. Se le presenta la oportunidad de hacerse de una panadería, debidamente instalada, cita 75 m. oeste del cine Chassoul, al lado izquierdo, donde habita hoy el exdiputado Roberto Losilla, dicha panadería había tenido dos antecesores: don Nicolás Cárdenas y don Nefthalí Rodríguez, con la muerte de este último queda a cargo de la panadería don Rafael Rodríguez su hermano, quien trata de inmediato con José Joaquín. Como el negocio es solo panadería, José Joaquín le introduce pastelería o tostelería como se le llamaba entonces, contaba con un buen equipo de panaderos, entre otros los hermanos Cruz, Nautilio (Tilo), Emilio y José Manuel, trabajadores de gran experiencia en el oficio, esto le permite a José Joaquín desarrollarse con más fluidez y eficiencia, además que ya era un punto comercial hecho, conocido a medida que crece el negocio le da a José Joaquín cierta holgura económica y piensa en comprar una propiedad para instalar su casa de habitación. Compra propiedad con casa a don Jesús (no recuerdo el apellido pero si el mote, le decían Jesús Trompas o Corta Güevos, resulta que el hombre, cada vez que se topaba un chiquillo, sacaba la cuchilla y le amenazaba con cortar "los gemelitos", de ahí el apodo de Jesús corta ...), propiedad situada 100 varas al este de la Iglesia del Tremedal y 50 al norte. Antes de esto, había cambiado de domicilio, don Horacio Rodríguez le alquila casa, justamente donde se encuentra hoy día la Panadería La Duquesa, 75 metros de la esquina sur oeste del parque de San Ramón. Ahí mismo visita la cigüeña por tercera vez el hogar de don José y doña Olga, fueron bendecidos con una linda niña a quien le llamaron Luz Annia. En los ajetreos del parto, estuvieron presentes una partera de oficio y doña Carmen Garita (Herra), esposa de don Horacio Rodríguez, los sentimientos de amistad que se profesaban doña Carmen y doña Olga eran tan profundos



y sinceros que llegaron a quererse como hermanas, hasta la muerte. Se muda José a su nuevo hogar con su ya numerosa familia, todo marcha excelente, Edwin, el mayor, entra a la escuela Jorge Washington, a primer grado, 1940, al año nace Jonathan, prematuro y con raquitismo, en vista de eso, a doña Olga se le suministraban en el hospital inyecciones de alimento. Todo iba bien, hasta que en un desgraciado día, la enfermera que le aplicaba las inyecciones, se equivocó y aplicó otra inyección distinta a la que tenía que ponerle, la reacción fue brutal, doña Olga cayó en coma profundo por el intoxicamiento o envenenamiento de la sangre y no volvería a despertar jamás, por más diligencias que se le hicieron y a un elevado costo económico, no fue posible remediar el daño, una mañana de octubre de 1940, doña Olga, mi madre, expira e inicia su vuelo santo a esa patria celeste desconocida y prometida, dejando 4 niños sin lo más preciado de este mundo, el calor y el amor de madre.

La desesperación, el dolor y el desequilibrio cunden en el hogar y el corazón de José Joaquín, no atina realmente lo que debe hacer, al verse con cuatro niños menores, uno de brazos y enfermo, por lo pronto, me saca de la escuela y me manda donde la abuela Rosa (materna) en Barrio Luján, San José, la abuela Mercedes (paterna) de edad avanzada, se hace cargo momentáneamente de los otros niños, ante semejante situación, don Carlos Luis Jiménez, pastor de la iglesia metodista de San Ramón, arregla matrimonio entre José Joaquín y la joven Fabiola Alfizar Hidalgo, muchacha de costumbres puras, de sentimientos mejores y un apego profundo hacia la fe que profesa, acepta el matrimonio con José Joaquín y cuidar como verdadera madre a los niños, me traen de vuelta y a los pocos días muere Jonathan.

Sigue adelante José Joaquín, muy afectado por lo sucedido y tratando de acomodarse a su nuevo hogar. Pone un nombre jocoso a la panadería, "Panadería La mano de Oro-zco", lo cual despertó cierta algarabía en el público.

Se le presenta la oportunidad de hacerse de una buena pastelería en San José, vende "La mano de Oro-zco" y ensancha el trato con un tipo de apellido Sáenz, varios meses trabaja y el negocio no responde, viaja cada 15 días a San Ramón a visitar y proveer a su familia. El negocio va de mal en peor, José Joaquín devuelve el negocio perdiendo fuerte suma de dinero. Regresa a San Ramón, vende la casa de habitación a un señor adinerado de San



Francisco de Piedades Sur, en una buena suma de dinero, nada menos que €1 500" al contado, dinero que le alcanza de sobra para comprar dos casas gemelas a don Ramón Herrera de la esquina noreste 75 varas al norte de la Plaza Rafael Rodríguez, esto le permite a José construir un horno en una de las casas y residir en la otra, monta tallercito de tostelería y empieza a abrirse camino de nuevo en este oficio.

Hay una escasez de harina, lo que aprovecha José Joaquín para poner en práctica sus conocimientos en el oficio, hace tamal asado de maíz, bizcocho, queque de camote, suspiros y otros con muy buenos resultados, pues algunas panaderías tradicionales tuvieron que cerrar en ese tiempo de escasez de harina.

1941, nace el primer hijo del matrimonio Orozco Alpizar, Efraín, quien llegaría a ser gran jugador de fútbol de primera y segunda división nacional.

Transcurre el tiempo devorando almanaques y la cigüeña un tanto aturdida, sigue trayendo envíos del cielo, en el siguiente orden: Harvey, Noyle, Odett, Rosibel, Marlene, Lurline y Herzel, cuando este último nace, José carga 66 años de edad.





*Edwin Orozco Flores, doña Olga Flores,
Luz Anía Orozco Flores, José Joaquín Orozco
Sandoval, José Luis Orozco Flores
1.940*

*Fabiola Alpizar,
Efraín Orozco Alpizar,
Luz Anía Orozco Flores y
José Joaquín Orozco Sandoval
1.944*





Capítulo VIII

Gran aficionado a la cacería

Su gran afición por la cacería, los perros y las armas, inducen comprar una finca en San Lorenzo de Angeles de San Ramón, lugar donde residían sus suegros, don Fadrique Alpizar y doña Jovita Hidalgo. José Joaquín les visitaba con gran frecuencia, era un lugar muy distante de la ciudad, se tardaban unas ocho horas a caballo, si éste era bueno. El objeto de sus visitas, saludar a sus suegros y familia y salir de cacería, eran bosques sumamente grandes y muy poblados de toda clase de animales, lo que le resultaba ideal y emocionante para su afición. Eran muchas las anécdotas y vivencias que contaba al respecto. Don Fadrique tenía cría de cerdos, los desarrollaba, engordaba y vendía, no sin antes pasar por enormes penurias por lograr esto, plantó un bananal en el bajo de su finca y encerró una parte con palmilera, en forma de corral y con un yurrito en medio, para que los cerdos pudieran tomar agua y bañarse (revolcarse) en el mismo. Lo del chiquero en el bananal era porque mucho más fácil se hacía ir a darles de comer en el bananal que traer los racimos a un chiquero cerca de la casa, sin embargo esto propició que un tigre se aquerenciara a matar cerdos y comérselos, la cerca media por lo menos un metro y medio de altura y don tigre, saltaba, mataba el cerdo más grande y lo sacaba por encima de la baranda, para ir a comérselo largo, esto nos da una idea de cuan grande era este animal. Once cerdos llevaba ya, ante la desesperación de don Fadrique no solo por la pérdida económica sino por el peligro latente que significaba ir al bananal a dar de comer a los cerdos: Un vecino de apellido Murillo, con perros excelentes para el caso vino a salvar la situación, no solo ahuyentó los tigres, sino que mató varios de ellos, terminando con semejante amenaza. Todas estas situaciones emocionaban y entusiasmaban a José Joaquín.

En otra oportunidad, José Joaquín y los Alpizar, fueron al otro lado del río La Balsa a buscar los cariblanco, chanchos de monte mayores que los sains comunes, andan en manadas, 20 ó 30 individuos y son sumamente peligrosos, hasta el tigre les tiene miedo, cuando este quiere cazar uno, espera al último de la manada, lo caza, lo mata y huye rápidamente, porque si lo logran coger lo hacen pedazos. Llevaban muy buenos perros y armas,





se adentran en el bosque, cautelosos, sabían más o menos donde se sitiaban estos animales, ellos comen corozos. Fruto sumamente duro que produce la palma real.

A medida que avanzan, la emoción y el temor empiezan a hacer estragos, además las ansias y el reto que significa esta aventura de enfrentar estos animales. Los perros sienten rastros, marcan huella y al poquito tiempo alzan carrera. Todo animal por fiero que sea le huye al perro hasta cierto punto, no corrieron mucho tiempo, cuando los perros plantan a los animales, en estos casos los perros adiestrados, no entran a pelear, sino que mantienen a raya a los animales, ladrando y ladrando a cierta distancia, hasta que lleguen los cazadores, cuando éstos llegaron, el sonido que emitían estos chanchos, era aterrador, parecía que el suelo temblaba y cuando empezaron a chasquear los dientes al sentir la presencia de hombres, era el momento de subirse a un árbol, cada uno subió donde pudo y cuando uno de los monteadores se le ocurrió disparar y herir a uno de ellos, la arremetida de estos fue brutal, destrozaron los perros en cuestión de minutos, sólo uno se salvó porque fue a dar a un guindo, mal herido y no pudo subir a pelear más, otro quedó totalmente destrozado y muerto, el otro se fue desangrando poco a poco por las heridas profundas que le propinaron. Tu vieron suerte los monteadores de que los chanchos se retiraron, quizás porque el pleito era con los perros. Cuentan monteadores expertos, que estos animales, cuando alguien sube a un árbol sea un humano o un depredador grande, rodean al árbol, emiten sonidos espeluznantes y orinan, el orin de estos animales es sumamente fuerte y hediondo, así, por largo tiempo hasta que la víctima no soporta, se marea y cae. Con estos antecedentes, José Joaquín prometió no volver jamás a esta clase de cacería.

En uno de esos viajes a San Lorenzo, es cuando se le presenta a José Joaquín la oportunidad de comprar la finca, un señor de apellido Soto y vecino de Heredia, desea vender su parcela, 42 manzanas de terreno, la mayor parte de bosque, buenas aguas, buena tierra, mucha madera, el río La Balsa al fondo y desde luego mucha cacería, se pusieron de acuerdo, tomando en cuenta que el precio era justo \$700⁰⁰ de contado. Esto en el año 1946, antes de la Revolución. Da inicio así a otra etapa en la vida de José Joaquín. Amaba intensamente el campo, el misterio del bosque y su paz, el canto del jilguero y las cigarras y todo lo que conforma ese mundo maravilloso,





edénico, que revitaliza nuestra espiritualidad y nos hace acercar más a Dios. Sus sueños: hacer una finca linda, con sus pastizales, bananales, platanales, árboles frutales, ganado y una linda casita. Contrata un peón de la zona e inician los trabajos. Hacen potreros, descuajes, siembras, etc.

Gran espíritu de tratante acompaña a José Joaquín desde niño, compraba un caballo y lo vendía, compraba armas y las vendía, relojes, terrenos, etc. con alguna ganancia por supuesto, fue así como logró hacerse de un buen terreno, 3 solares sembrados de café y algunos árboles frutales, situado de la pulpería "El Progreso" de Tilo Acosta 100 varas al sur, 100 al este y 50 al sur. Poco tiempo después, logra José Joaquín su gran trato, cambia el lote a don Luis Ferreto que había comprado a don Horacio Rodríguez, justamente lo que es hoy Panadería La Duquesa, tuvo que dar como \$500 vueltos, en total la propiedad le salió costando \$4.000, algunos amigos le decían: "José Joaquín, te tiraron", a lo que contestaba: no, porque ese es un punto comercial y llegará a valer mucho, tuvo razón.

Piensa inmediatamente montar la panadería en dicha propiedad, contrata al gran veterano y maestro en la fabricación de hornos, don José Antonio Alvarado, hombre bajito, de gran fortaleza física y vastos conocimientos en el oficio, mientras se construía el horno, José Joaquín acondicionaba el taller, como era casa de habitación, había que hacerle muchas modificaciones, una vez terminado el horno y el taller, se traslada y comienza a trabajar con gran suceso.

Estalla la revolución del 48, precisamente aquí en San Ramón fue planificada la estrategia para iniciar la guerra contra las fuerzas gubernamentales, en la finca de don Francisco Orlich, en distrito La Paz.

A medida que recrudece el conflicto, José Joaquín se va para la finca de San Lorenzo para no verse comprometido, pues estaban reclutando a mucha gente, 8 o 10 días estuvo por allá, aquí la gente decía que era que estaba donde Chico en La Paz, con esa versión, apenas llegó a la casa unos soldados fuertemente armados le llevaron al palacio donde estaban concentradas las fuerzas gubernamentales a rendir cuentas, a pesar que demostró no tener culpabilidad alguna, le obligaron a hacer guardia por las noches en algunos sitios estratégicos del pueblo. Termina la revolución, José Joaquín bota el arma allá por los potreros de La Sabana y se une al regocijo del





bando ganador. Antes de la rendición, presencié parte de las barbaridades que se cometían bajo el mando del general Soto, un bárbaro nicaragüense que jefaba el pelotón armado. En una ocasión presencié José Joaquín el asesinato de un anciano campesino, por el simple hecho de que una damita allegada al general, dijo a éste, que el señor le había faltado al respeto, sin pensarlo mucho, desenfundó la 45 y pegó un tiro en el pecho del campesino, matándolo inmediatamente y en la forma más cobarde y fría, dio la orden de: junten eso y vayan a botarlo. Esa y muchas atrocidades tuvo que ver.

En el año 53, en el gobierno de don José Figueres Ferrer, don Chico Orlich, siendo Ministro de Trabajo, encarga a José Joaquín, se haga cargo de controlar los tractores que abrieran y arreglarían caminos entre Piedades Sur, Salvador, Carrera Buena y otros. José Joaquín acepta con gusto, pero debe dejar arreglado el asunto del negocio, llega a un acuerdo con Paco López y renta la panadería a este. Paco era un hombre de gran trayectoria y experiencia en el oficio de panadería, así las cosas, todo parecía indicar que la panadería estaría en muy buenas manos. Se incorpora José Joaquín a su nuevo trabajo y a medida que van avanzando con los tractores, va ganando José Joaquín gran cantidad de amigos y hasta parientes le aparecieron, de toda suerte José Joaquín era muy popular y muy conocido en todo San Ramón. Una de las anécdotas y que se vino a saber muchos años después, fue que los ingenieros del ministerio a cargo de la obra, trazaron sus líneas y estaquearon por donde deberían pasar los tractores rompiendo terreno y haciendo camino hacia El Socorro. En la tarde llega un campesino afligido y dice a José Joaquín: “- no ve que vaina, don José Joaquín, me van a partir la finquita, de un lao me va quedar una tira que no me va a servir pa ná, vale más la cerca que hay que hacele y del otro lado voy a perder 12 varas que mide la calle y hasta una agüita que tengo allí y va quedar la finquita inútil”. José muy comprensivo y considerado le dice:

- vamos a ver.

Fueron, estudiaron la situación, y en un 2 x 3 arrancaron las estacas, las pusieron más hacia la derecha donde no le romperían la finquita al amigo, claro, con la complicidad de uno de los tractoristas, esto se mantuvo en secreto mucho tiempo, como mucho tiempo (por siempre) perduró el agradecimiento del campesino.



No duró ni 6 meses Paco López trabajando la panadería, cuando la cerró, no se sabe por qué razón, si quebró o no le sirvió el negocio, lo cierto es que cerró, la situación se puso un poco fea, no solo porque se dejó de percibir lo del alquiler, sino que el negocio cerrado era una pérdida lamentable bajo todo punto de vista.

En todo este lapso de tiempo, estuve un poco desorientado, sin trabajo y sin estudio, un tiempo estuve en la zapatería de don Adrián Quirós, aprendiendo el oficio de zapatería (alistorador) cuando vino José Joaquín a San Ramón (cada 15 o 22 días venía), aproveché para hablar con él:

- papá, Paco cerró la panadería, ¿qué va a hacer con el negocio cerrado?,

A lo que contesta José Joaquín: - ¡dijay carajo, por qué no la abre usted, usted sabe trabajar, sabe el oficio, ¿por qué no lo abre?

Esto para mí fue sorprendente totalmente, jamás esperé tal respuesta, a lo que contesté

- ¿Y yo con qué sino tengo ni un cinco?

Responde José: - consiga plata güetón, ¿no conoce mi historia de cómo empecé a trabajar?, ahí está la oportunidad, échese al agua, cualquier cosa ahí estoy yo.

Yo era menor de edad, contaba apenas con escasos 18 años, como se sabe, en ese tiempo se alcanzaba la mayoría de edad a los 21 años.

Me entusiasmé y me animé, conseguí \$1 000 prestados, esto me dio para pintar el despacho, comprar materiales (harina, azúcar, manteca, etc.), llamé a Tonito Badilla, quien había trabajado con mi papá hasta que alquiló la panadería. Todo listo y arrancamos a trabajar.

Al principio fue duro para mí pues el negocio había perdido toda la clientela por el tiempo que estuvo cerrado, mucha gente creía que seguramente habían vendido la propiedad o algo parecido, al menos eso manifestaron muchos clientes y amigos. Esta situación y la falta de experiencia mía, lógicamente para el buen desenvolvimiento del negocio. Pasaban los días y los meses y las cosas mejoraban, todo volvía a la normalidad, el negocio restauraba su nivel de calidad y de ventas. José Joaquín por su lado, seguía con su





trabajo de chequeador de tractores, los trabajos se extendían, habilitando de caminos muchos lugares de la zona, Piedades Sur, La Guaria, San Francisco, El Socorro, El Salvador, Carrera Buena, Zapotal y otros.

José Joaquín reabre el otro tallercito, el de la casa, esto con el propósito de que José Luis, el otro hijo que salía de la escuela se involucrara en el oficio y en el negocio, todos los productos que se elaboraban en dicho taller eran para La Duquesa, el vendedor oficial a domicilio era el famoso Noé, hermano de José Joaquín. Noé era un hombre extremadamente fuerte, con una resistencia física extraordinaria, su trabajo consistía en ir a vender tosteles a los distritos, por el ejemplo los martes visitaba Piedades Sur (San Pedro, Barranca y otros más), los jueves o viernes La Paz, donde Goyo Rojas y algunos negocios aledaños, a veces iba a Rincón de Zaragoza, Palmares, todas estas giras las hacía a pie, el hombre llenaba una caja grande de madera con tosteles entre otros gatos y budín que son muy pesados (mucho más que el pan), se lo echaba a la cabeza (con un saquito de manta como almohadilla para no chollarse la cabeza) y se iba de gira, desde las 5 de la mañana, contra viento, lluvias, barreales y toda clase de inclemencias.

Siempre iba acompañado de unos 3 o 4 perros, que le eran totalmente sumisos y fieles, no les tenía nombre, con un ademán un tanto raro y un silbido y los perros acudían al instante y Noé los acariciaba como si fueran sus propios hijos. En una ocasión después de una gira por Piedades Sur de San Ramón, de regreso a casa, en la pulpería y cantina de don Maximino Alvarado, Noé tomó varios tragos, tal vez por el cansancio, la sed, el debilitamiento por el gran esfuerzo o el estómago vacío, la cuestión es que se jumó, se acostó a la orilla de la calle, junto a la cerca y se privó, los tres perros se sentaron a la par de él y ¿quién se arrimaba?, algunos transeúntes trataron de arrimarse a ver que le pasaba a Noecito, como le llamaban, pero los perros mostraban sus hermosas dentaduras y gruñían en coro y no quedaba nadie, llegó el policía del barrio queriendo mover a Noé, para qué lo hizo, se le fueron encima los perros... y salió el hombre casi volando y logró guarecerse en una casa cercana, claro, casi lo dejan chingo, por suerte no lo mordieron, decía después la señora de la casa, que nunca había visto a un hombre correr tanto, que nunca creyó que ese señor ya mayor, corriera como un venado, pegando brincos y a una velocidad bárbara. La lluvia se encargaría de solucionar el problema, cayó tamaño aguacero y refrescó a Noecito, se enderezó, se estiró un poco, se echó el cajón a la cabeza y jaló.




Noé tenía gran fama y estima en esos distritos, fama porque era sumamente fuerte, la gente consideraba que eran pocos los que podían realizar el trabajo que él realizaba y estima porque era buena gente, sencillo y servicial. En una ocasión, don Casimiro Torres, que era pariente por cierto de Noé y que residía en San Pedro adentro, cerca de Bajo Oscuro (lo que es hoy día el Balneario Las Musas), el hombre traía su carreta con bueyes cargada de café, para entregar en un recibidero de los Orlich que quedaba por ahí, el invierno estaba duro y los caminos fatales, barreales inmensos, pegaderos, charcos, etc. y en una vuelta del camino, la carreta cayó en uno de esos pegaderos, don Casimiro iba con uno de sus hijos, y se les arrimó un vecino por ahí para ayudar, entre los tres y los bueyes no pudieron sacar la carreta del atascadero, los bueyes resbalaban en el barreal y no podían hacer toda la fuerza, descansando un poco, alguno dijo: - pasara Noecito, a lo que dijo el otro: - por cierto, hoy anda en Piedades y no tarda en pasar por aquí de regreso, decidieron esperar y no fue mucho lo que esperaron cuando apareció Noé, antes estuvieron apartando barro con una pala y limpiando para que los bueyes no resbalaran tanto, - hola Noecito, - hola muchachos, ¡qué pasó!, - ¡dijay, no ves que me juí en ese pegadero, no creí que estuviera tan hondo, - bueno, vamos a ver, se arremangó un poco, puso el cajón de los tosteles por ahí y... - yo me pego d'esta esquina de la carreta y vos Casimiro de la otra, el muchacho que anime los bueyes con el chuzo, el otro señor, se aferró a una de las ruedas de la carreta, empujando hacia adelante, - al contar tres, uno, dos, tres, vamos — vamos — vamos, era notoria la fuerza extraordinaria de Noé, a los pocos intentos lograron sacar la carreta del atascadero, entre risas y algarabía no notaron que estaban embarrialados hasta la cara. Don Casimiro en señal de agradecimiento y de por si, eran parientes, invitó a Noé a visitar su casa, - Noecito, andá a casa el domingo, todavía quedan ilotes de cospó, allá comemos y te traes unos pocos, - claro que si pariente, allá te caigo. En efecto, el domingo muy temprano ya estaba Noé apartando perros en casa de don Casimiro, se armó una tremolina de Dios Padre, entre los perros de la casa y los que llevaba Noé, como pudieron los apartaron, el hijo de don Casimiro, logró amarrar los de ellos y los de Noé se quedaron refunfuñando por ahí. Aprovecharon la mañana para ir a la milpa, cortar algunos elotes, apear unas naranjas y conversar de todo. Hora de almorzar, reposaron un poco y atrás venía el café puro, producido y secado en la finca, con una carga de cospos con natilla, se apretaron a lo perro, después de conversar y reposar en la banquilla de afuera, don



Casimiro advierte: - Noecito, no es por espacharte, pero va a llover duro y tenés que volar mucha pata, asíntió Noé. - si voy a ir jalando, se despidió de todos, cargó el saco con elotes y naranjas en su hombro izquierdo y partió con su escolta perruna, caminó más o menos un kilómetro, cuando se acordó que la señora de don Casimiro le había regalado unos huevos, 6 en total, sin pensarlo mucho, se devolvió, con el saco al hombro y sin fijarse que la lluvia se aproximaba y ni paraguas llevaba, un trozo de carpeta plástica era su haber para protegerse de la lluvia. Fue, recogió los huevos y emprendió de nuevo el regreso a casa. En todo ese trayecto no puso abajo el saco ni un minuto y esto que estaba bien pesado. Al llegar a San Pedro empezó a llover, medio se cubrió con la carpeta y apuró el paso, en todo ese trayecto, no había donde guarecerse, recordó el portón en la entrada al potrero de don David Rodríguez, era un portón amplio, techado, donde se podía escampar, era la salvación de mucha gente. Ese portón estaba más o menos donde está hoy el Centro Regional de Occidente de la Universidad de Costa Rica. Al llegar al portón, se llevó la sorpresa de que estaba casi lleno de gente escampando, sin embargo encontró una esquinita por ahí y se acomodó, se saludó con algunos conocidos y acaparó el recinto un silencio casi sepulcral, unos de brazos cruzados, otros, manos en las bolsas, algunos de cuclillas, todos absortos contemplando la lluvia, los goterones del zinc que salpicaban los ruidos de los parroquianos, y como es típico en esas aglomeraciones, alguien se tiró un pedo... un suela de hule, de esos que no se oyen pero causan estragos, claro, toda clase de reacciones no se hicieron esperar, la mayoría, muertos de risa tapándose la nariz y desde luego, diciendo toda clase de tonteras, algunas pasadas de tono, las hermanas "periquitas" que estaban ahí, abrieron la sombrilla, entrelazaron sus brazos y salieron caminando con aquella armonía rítmica que les caracterizaba, no sin antes lanzar algunas maldiciones para el bárbaro indigesto, causante de aquel desastre, Noé sencillamente se volteó, escupió, se echó encima el saco y exclamó: - la verdad, es que no se puede salir en tiempos de cospó.

José Joaquín tenía su grupo para salir de cacería, varios fiebres igual que él, Pepo Lobo, Chino Cruz, Loli Estrada, Ottón Reyes, Arturo Bonilla, Claudio Cartvajal y muchos más, algunas veces llevaban a Juan Badilla (Tetoco), esto cuando había que probar algún perro, pues, Juan se dedicaba a vender perros, no se supo de donde cogía tantos perros, casi siempre andaba con dos o tres, listos para la venta; - ¿qué tal es ese perro Juan? - que... - ¡al saíno es





terrible, este animal los hace esnucaos, la mayor de las veces era mentira, eran cartuchos que le regalaban en el campo por no mantenerlos, o algunas veces, sencillamente se apropiaba de ellos, perros callejeros, sin dueño, sin embargo, algunos salían buenos realmente. Una vez José Estrada quería comprar un perro bueno, para acompañar a José Joaquín Orozco que tenía una perrita famosa, que le llamaban la Dolis, todo mundo quería montear con esa perrita extraordinaria, bien, viene el famoso Juan Tetoco y le ofrece a José Estrada un perro, José, un viejo jugado lo mira de arriba a abajo y le pregunta a Juan - ¿para qué es bueno el perro? - ¡al tepezcuintle es buenísimo, es cuevero

— ¿Cuevero? dice José, eso no sirve pa naa, no ve que tiene las uñas más largas que una boticaria, andá engañá a otro, todo el mundo soltó la risa, hasta el mismo Juan.

Resulta que todos los perros de cacería tienen las uñas más gastadas, de tanto correr y trabajar en el monte.

Este Juan Tetoco era famoso, polifacético, era un buen arriero de ganado, en esa época el ganado se trasladaba caminando, arreado, con vaqueros a caballo o a pie y el Juan se la jugaba en este oficio, ayudaba en los mataderos de ganado, hacía mandados, vendía perros, en resumen era un vago que no hacía nada, pero hacía de todo; en lo que más se distinguía y tuvo fama, fue como echador de perros en las cacerías de venados, alguien se encargaba de manejar los perros, debe llevarlos a los cerros o sitios donde se creé están los venados, mientras los tiradores, se apuestan en los puntos o lugares estratégicos por donde puede pasar el venado una vez que los perros lo encuentren y lo corran, ha habido vez que un perro fino sigue un venado hasta ocho o diez horas, cuando éste se pasa y nadie lo puede tirar. Juan manejaba 6 o más perros a la vez, todos amarrados y pasando por pastizales, charrales, montañas, en realidad, no sé cómo le hacía. Llegó a tener tanta fama como echador que, lo buscaban los monteadores grandes de San José, como los Borbón, los Collado y otros, decían éstos que no habían encontrado un echador de perros mejor que Juan Tetoco.

En una ocasión, andaba Juan con un perro que no tenía figura de nada, a la caza de alguna víctima para vendérselo y se topa a Loli y éste pregunta:

- Juan, ¿para qué sirve el perrito?



- ¡pal cuido es primerilla, suelta Loli la gran carcajada y con ese sentido picaresco, muy de él, replica: - cuidado te roban las alfombras, ja, ja...

Juan vivía en un rancho de paja y con piso de tierra.

En otra ocasión, compró José Joaquín una tigrillera y se llevó a Juan para que le ayudara a ponerla en una montaña cercana, sólo ellos dos sabían dónde estaba la trampa, a los dos días fue José Joaquín a revisar la trampa por si había caído algún animal y sorpresa: hasta los mecates se llevaron, no había sangre, ni pelos, ni nada que indicara que había caído algún animal y se la llevara, vino José Joaquín a preguntar a Juan:

— ¿qué pasó con la tigrillera, no estaba?

- seguro cayó un animal grande y se la llevó,

- si, dice José, ese animal tiene las patas peladas.

Juan andaba descalzo.

En otra oportunidad, compra José Joaquín a Juan un perro, garantizado según él, - a prueba de tope, si no sirve no me lo paga, con esas condiciones, hacen el trato, era un perro grandísimo, que parecía el caballo de Troya, grifón y flaco, casi traqueaba al andar, llega Loli a ver el perro y suelta la risa, - ¿le compraste el perro a Tetoco? - sí, me lo garantizó, además, mira que tiene las uñas gastadas, que es buena seña, - tiene las uñas gastadas pero es de rascarse ese pulguero y sarna que tiene ese animal, el perrito fue motivo de toda clase de burlas y de vacilón al estilo Loli.

Comienza José a catrinear el perro, lo baña con agua con azufre para la sarna y agua de carbolina para las pulgas, todos los días le da tripa de res cruda y sin lavar, - pa refrescarlo. A los días estaba el perro de ver, llega un señor de Zapotal:

- ¿y ese perro don José? aah...

- buenísimo pal monte.

- carambas, y a mí que me están haciendo daño en la milpa los animales, ¿por qué no me lo vende?



- bueno, por tratarse de uste, se lo vendería, pero conste, que yo no quería venderlo.

20 pesos le arrancó José Joaquín al hombre. A los quince días llega el hombre al taller de José, al verlo José se asusta un poco y cree que el señor le viene a reclamar, pues la verdad es que el perro no servía para nada, cual fue la sorpresa cuando el hombre saca de una alforja de mecate un envoltorio con hojas de bijagua y le obsequia a José, era un montón de carne de saíno, en señal de agradecimiento, pues según dijo, el perro era una maravilla para la caza. ¡Qué cosas tiene la vida!

En otra ocasión, el grupo de montadores, jefeados por José Joaquín, planearon expedición a las minas del Peñón, grupo integrado por José Joaquín, Claudio Carvajal, Chino Cruz, Loli Estrada, el turco o polaco Juan Simoni que tenía tiempo de residir en San Ramón, tenía tiendita a la par de la soda de don Edmundo López, frente al costado sur del parque, Arturo Bonilla y Juan Tetoco, este era el elenco de monteadores y como invitado especial llevaron a Noé, claro llevaban mucha carga y había que llevar al hombre fuerte. Don Juan Simoni había hecho amistad con algunos de los monteadores, frecuentaba mucho los billares y allí conoció a Loli y otros y manifestó su gran deseo de ir a una expedición de esas, muy gustosos lo invitaron, como no estaba jochado "ducho" en esas lides se llevó una maleta enorme, no se supo cuantas cosas llevaba en la mochila, le dieron cobijas, ropas, zapatos de hule y entre otras cosas, un tarrito para orinar en la noche..., bien, la idea del grupo, pasar un par de noches en una casita hecha por mineros y que estaba desolada desde hacía mucho tiempo. Todo listo, salieron a las 4 o 5 de la mañana, a pata, por dentro del tajo de Benjamin Cruz, por entre fincas, hasta llegar donde Rosendo Castro y de ahí directo a la montaña, lo primero, buscar una leñita para hacer café, encendieron el fuego, pusieron la cafetera y ¡oh! no echaron la bolsa de chorrear café, ¡hay mamá!, ¿y ahora?, algunos soltaron la risa, otro renegó, se inculparon y en medio del alboroto dice José Joaquín: "aquí no ha pasado nada, se sacó la bolsa del pantalón, le echó la cuchilla y solucionado el problema, de por si este pantaloncito ya está muy viejo, además quedo directo, (no se que quizo decir)". Chorrearon el café y cuando estaban tomando notaron que no estaba Noé, "¿qué s' hizo Noecito?", "no se, hace rato no lo vemos", "debe andar por ahí", terminaron de tomar café y se dispusieron buscar a Noé, buscaron





y buscaron y el hombre no apareció, un tanto preocupados, empiezan a cavilar, "¿será que se fue en un barranco?", "¿le habrá pasado algo?", no no dice José Joaquín: "Noecito es muy delicado, de repente se jaló pa San Ramón, entre interrogantes, comentarios y chistes fueron tranquilizándose un poco. Cinco horas después apareció Noé, "¿qué diablos pasó, Noé?", ¿a dónde te metiste?" t'emos buscado... diay, contesta, me jui pal centro a traer la condenada bolsa de chorrear café. ¡Ah bárbaro!

Empieza a caer la noche y algunos a bostezar, (parecían un tagarto suampero — dijo Loli), hacia hambre y había que alistar algo, "calentemos un gallito que traigo aquí, dice José Joaquín, si lo dejamos pa mañana se puede poner malo", brinca el turco Simón y dice: yo traer un pollo arreglado para todos, "ah qué bien, sáquelo pa calentarlo", coge la mochila y empieza sacar un envoltorio... que parecía un atarrá, lo traía envuelto en la cobija, a medida que lo desenvolvía se iba sintiendo un aire un poco pesadito, algunos se volvieron a ver creyendo que alguien estaría indigesto, pero, cuando desenvolvió aquello... ay yayai... cundió un sopor hediondo, especito, casi insoportable, uf... "se puso malo, es que ayer lo alistó", "con razón", "y está relleno de güevos duros", "Ave María Purísima", "boten eso", - qué, dijo Tetoco, como van a botar eso; y se hartó tamaño pedazo, asqueándose Chino Cruz, botó el resto largo, fueron acostándose cada uno donde pudo, ya entrada la noche empezó Tetoco con retorcciones y una aventazón que parecía un pleito de sapos y en el primer alivio que tuvo... lo echaron afuera, tuvo que dormir debajo de un palo de chilamate, dice Loli: - "lo que se vio fue una llama azul..., parecía el soplete de Lupe Valverde". Tantos tiradores, tantos rifles, tantos animales y lo único que mataron fue un tal pato aguja que estaba en una poza de la quebrada, lo echaron a la olla y le dieron fuego ocho horas, cuando lo sacaron parecía un armazón de paraguas, no se lo comía ni un perro.

A los pocos días, como era tan fiebre José Joaquín para salir de cacería, organizó viaje a las montañas de don Casimiro Torres, en San Pedro, a cazar o correr guatusas, tenía la perrita especial para ese tipo de cacería, la Dolis, esta vez solo invitó a Chino Cruz y a Loli, como era domingo, Noecito quería ir también, se reunieron el sábado anterior para ponerse de acuerdo, la hora de la salida, que llevar, etc., dice José Joaquín: "esta vez le vamos a poner a Noecito un rifle para que tire, la verdad es que sólo la



carga le ensartamos todo el tiempo y eso no es justo", es cierto, asintieron Loli y Chino, démoles el 28 pa'que se acredite Noecito, (arma de perdigones que al disparar cubre mucho espacio porque son muchas municiones a la vez), estos comentarios entusiasmaron a Noé que entre risas tímidas y nerviosas empezó a divagar, que iba a matar no se cuantos animales, que nadie le iba a ganar, que era el mejor tirador, en fin, el hombre se entusiasmó de verdad. Otro día domingo muy temprano, Noecito estaba listo, se puso los caites de fatiga, que parecían los de German Monster, sombrerillo de lona y hasta un cuchillo que tenía de partir dulce alistó para llevar, antes de las seis de la mañana salieron entre risas, chistes y ladridos de la perrita muy entusiasmada porque iba para el monte, al llegar a la montaña, antes de soltar la perra había que dar instrucciones a Noé, éste nunca había disparado un arma y no sabía nada de nada, - empecemos, dice José Joaquín, el arma se carga así, da instrucciones, cuando va a disparar, quite el seguro, apunte, le colocó el rifle en el hombro correcto, jale el gatillo y listo, maniobra que le repitieron varias veces, por ahí estamos, ahora vamos a dejar en un puesto donde probablemente te va a pasar la guatusa, lo colocaron en un pasadero (las guatusas como los tepezcuíntles y otros animales hacen trillos entre las hojas y el monte y solo por ahí pasan), le advierten — cuando oigas la perra ladrar seguido, ponete vivo, porque la guatusa viene muy adelante y ahí lo ois, la hoja está muy seca y de viaje se oye onde viene, ya sabés, apenas la veás le mandás el güevazo, los otros se fueron a buscar sus puestos y a echar la perra, al rato, la perrita alzó carrera. Noé estaba apostado muy cerca de un árbol de higuérón y estaba botando fruta, había gran cantidad de pajarillos, palomas, ardillas, currés y el hombre estaba muy distraído, observando todo aquello, no se dio cuenta que la guatusa se dirigía hacia donde él estaba, cuando la vio, estaba casi encima de él, no tuvo tiempo de apuntar ni nada, mecánicamente cogió el rifle por el cañón a dos manos y le mandó el riflazo, claro que no le dio a la guatusa, le dio al palo... con tal fuerza que quebró el rifle. Como a las dos horas fueron apareciendo los otros y encontraron a Noé contemplando los dos pedazos del rifle, - ¡idíay qué pasó!, - díay, usté me dijo que cuando la viera le mandara el güevazo, -pero quebró el rifle, - así, pero seguro que no va esrrengada la condenada. Le siguieron encaramando la carga al hombre.

En los guayabales de Moncada, cuando estaban en cosecha, llegaban muchos tepezcuíntles a comer guayabas y desde luego muchos otros animales, José



Joaquín y Loli, duchos en la materia, sabían donde comía el tepezcuintle y donde otros animales, este animal se caracteriza porque come solo guayaba verde, dura, nunca donde está ésta, la recoge y se oculta entre el monte o en alguna sombra para comer y los residuos que deja, son los que los caracterizan. Esta vez invitaron a un señor que solo Santamaria le decían por el apellido, el nombre nunca se supo, era muy bajito y moreno, usaba sombrero de palma amarrado al cuello, posiblemente no tenía cabello, (no se quitaba el sombrero ni para dormir). El hombre llevaba un fusil de chispas, de los que usaron en la guerra del 56, estos fusiles se cargaban por la boca del cañón, se les echaba una medida de pólvora, se les metía un taquito de papel o trapo, se apretaba bien con una baqueta o varilla especial, luego se le echaban las municiones al gusto, según lo que fuera a tirar, el arma tenía una cachimbita sobre el cañón donde descargaba un martillo tirado por el gatillo y hacía explotar un fulminante que encendía la pólvora y ¡pum!

Encontraron los sitios que parecían mejores. Había que treparse a un árbol porque el tepezcuintle es demasiado sensible y arisco. Antes de oscurecer Santamaria se ponía a cargar el rifle que traía desarmado en un saco de gangoche, dice Loli: - "parece que tre una carga'e leña." A la hora de echarle la pólvora le dice José Joaquín: -"Recárguelo por si acaso le llega se lo haga apiao, Loli y José Joaquín se fueron a sus puestos, al poco rato se oyó un bombazo... que por poco se caen del palo Loli y José Joaquín y aquel humarascal que parecía una fumarola volcánica, pensaron José Joaquín y Loli: ¡Santamaria ya se apió uno, está buena la cosa!, como a la hora, empezó a salir la luna, los tepezcuintles no salen cuando hay luna, se apearon del tiradero y vinieron donde estaba Santamaria, en efecto, se había apeado un tepezcuintle, todo fue alegría y bulla, se fueron a la casilla vieja de mineros a hacer café y pelar el tepezcuintle (hay que pelarlo con agua hirviendo, como un chanchito) a medida que lo iban pelando notaron que no tenía impactos de bala, lo revisaron minuciosamente y no tenía ninguno, "¡qué raro, como puede ser?", de pronto dice Santamaria: "¡hay juemalima, se me olvidó echarle los balines al rifle...", en medio de carcajadas dice Loli: -"¡jue tal el simbronazo quel animalito se murió del susto".

A José Joaquín siempre le gustó la minería, quizá por aquello de que en su adolescencia trabajó en las minas y le quedó el gusanillo de buscar oro. Se pone de acuerdo con su eterno amigo Lico Flores, que también le





gustaba la minería, organizan un viaje a las minas del Peñón, hacienda Orlich donde existen unos taladros o túneles viejos donde alguna vez hubo trabajadores extrayendo oro, fueron abandonadas hacia mucho tiempo, quizá porque no eran muy buenos que digamos, sin embargo, hicieron planes, se carbonearon, se entusiasmaron y llenos de optimismo, planearon el día, hora de salida, qué llevar, etc., Lico tenía cuchara de catear (un cacho de res partido transversalmente), una piqueta, azogue y otras cosas. Para variar, dice José: "lleemos la perrita, quien quita y nos traigamos oro y un tepez (abreviatura de tepezcuintle), "está bien", dijo Lico. A las ocho de la mañana de otro día abordaron Lico y José Joaquín la cazadora rumbo a Puntarenas, la perrita la echaron en la compuerta de atrás (compuerta o gaveta grande donde echaban de todo, perros, gallinas, chanchos, tractores y demás). Al llegar al Empalme hicieron señas de parada, se bajaron, cargaron los maritales (maletas) y empezaron la caminata, la cazadora siguió rumbo a Puntarenas, no habían caminado cien varas cuando intempestivamente José Joaquín tiró las alforjas al suelo, se quitó el sombrero y se volvió a toda velocidad, Lico extrañado le grita: "¿qué pasó José Joaquín?" y éste medio se volvió a toda velocidad y contesta: "la perra se quedó en la cazadora", la cazadora ya iba por donde Nino Cambromero, según él la iba a alcanzar (¡qué fe!), hasta ahí llegó la expedición.

A estos dos, Lico y José Joaquín les pasaba cada chile que daba miedo, volvieron a organizar el viaje a la misma parte, minas del Peñón, "esta vez no llevemos la perra para no complicarnos", si si, una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Nuevamente se pararon frente a la plaza, costado este, a espera la cazadora, conversando y conversando, vieron de pronto parar una cazadora frente a la pulpería de Tilo Acosta, sin pensarlo salieron corriendo a abordar la misma, se montaron en el momento que arrancó la cazadora, gozando y comentando: "carajo, casi nos deja por estar hablando yeguas", "si hombre, casi se nos agrea otra vez el viaje" y siguieron en la conversona... Al rato dice uno de ellos: "qué diablos: ponde vamos, por aquí no es", "nombre vamos mal", eh, chofer, habían cogido la cazadora de Piedades Sur, en vez de la de Puntarenas, se apearon en Barranca de San Pedro y se vinieron a pata bajo un lluvión que daba miedo. Se les echó a perder otra vez el viaje, ¡je je!.





Otra vez, se van a encandilar: José Joaquín, Loli, Chino Cruz y José Ángel Gamboa. Cada quien tenía su tiradero, un tanto distante uno del otro, empieza a caer la tarde, dan sus últimos trompetazos las chicharras y empezaron a escucharse los primeros violines de los grillos nocturnos. Hora de encaramarse; esa noche al parecer no tiraron nada, se vinieron a dormir no sin antes tirarse un repellito. Cuando estaban por dormirse dice Loli: "que raro, llega un olor a juego de pólvora: "si cierto" dice José Joaquín, "hace rato" dice Chino. José Ángel, antes de subirse al tiradero, se chupa media onza de pólvora "quesque pa sentirse más seguro y no sentir los piquetes de los zancudos". ¡Ah bárbaro!

Este José Ángel tenía sus excentricidades, su forma de reír parecía una escala musical, daba unas tonalidades rarísimas que más parecía una canción indí que una risa, era un tipo muy agradable. En otra ocasión, se van a encandilar el mismo grupo y lo mismo; cada quien tenía su tiradero, José Ángel posiblemente chupó más pólvora de la cuenta, lo cierto es que le cogió mal de estómago, no hizo más que dar del cuerpo en todo el rato, cuando terminó la encandilada se reunieron a esperar a José Ángel que estaba un poco más adentro de la montaña, llegó y dice: "me voy pa San Ramón", - ¿y eso por qué?, - me agarró una cagadera que casi me vuelvo al revés y ya me voy. Trataron de convencerlo, pero fue inútil, que tomate un poquito de aguadulce con carbonato, eso es buenísimo o un poquito de café fuerte, - no, no, me voy. Llevaba la alforjita de mecate que traía con algunas cosas personales y medio saco de hojas, extrañados sus compañeros le preguntan: - ¿pa' qué llevas esas hojas?, - pa' irme limpiando de camino. (puy!). Otro día se fueron a revisar el tiradero de José Ángel y dice Loli: "parece que derretieron betún Sinola en todo esto."

Es interesante como el hombre a través del tiempo ha encontrado en la simpleza de lo cotidiano, una fuerza emocional ignota, reverente o irreverente, cierta o falsa, legítima o no, que le ha permitido crear y vivir sus propias metáforas como paliativo ante la dureza de la existencia misma y como medio de flotar sobre el torrente de su propia miseria, José Joaquín logró encontrar en el deporte o vicio de la cacería, ese estímulo cierto que hacía la diferencia entre lo dulce y lo amargo, lo gris y lo sublime, para él, internarse en el bosque umbrío, escuchar el ladrido de su perrita fiel, el canto tosco del tucán y las notas trémulas del arroyo, era sentir la presencia del



Creador; sentir la comunión del árbol con el hombre, sentir que la vida es algo más que vivir. Esto fue lo que él sintió y a su edad avanzada, ya no importaba la presa ni cuanto corriera la perra, ni la puntería ni la clase de arma, era sentirse en armonía con la creación y creer que en aquel silencio bullicioso del bosque, Dios escucharía con más claridad sus oraciones.

José Joaquín era un tipo polifacético, tenía gran sentido del humor, hacer tratos era parte de lo cotidiano, tenía muy buen gusto, si le gustaba una buena arma la adquiría de cualquier forma, si le gustaba un buen caballo lo compraba, un buen reloj, etc. A veces no salía bien parado en los tratos, había adquirido un reloj de bolsillo que le salió malo, se lo tiraron en el trato y andaba viendo a quien se lo ensartaba, se topa a Nicolás Mora, quien no era precisamente un angelito para eso de los tratos, el hombre llevaba un radio bajo su brazo, pegado a la cintura, marca Philco, se saludaron y empezaron a hablar del trato, José Joaquín le ofrecía el reloj y Nicolás el radio, costó mucho cuadrar el trato porque cada quien decía que su prenda era mejor, al fin, después de largo rato lograron cuajar el trato, llegó José Joaquín a la casa muerto de risa porque se había tirado a Nicolás y este contaba que se había tirado a José Joaquín. Cuando José Joaquín vino a conectar el radio con la expectación de los chiquillos, en el momento que lo conectó... se llevó un calambrazo y se hizo un circuitón que se quemó la cucaracha (especie de switch que controlaba la corriente eléctrica) hubo que ir a la oficina para que viniera Colorado Arguedas a cambiar el fusible. Cuando se encontraron de nuevo Nicolás y José Joaquín lo que hicieron fue soltar la risa y hacer chistes pues los dos se habían tirado mutuamente en el trato.

José Joaquín tenía su estilo para tratar, cuando tenía alguna prenda para vender, un arma, un reloj o una alhaja, lo que hacía era darle fama a la prenda y decir que no la vendía y se alguien insistía en comprarla, entonces decía: "te la vendo con una condición: que cuando querrás deshacerte de ella, me la vendes a mí, en realidad lo hago por la amistad que tenemos y con esa condición", claro, con ese cuentico se iba más de uno en la tira. Le encantaban los caballos, en una época le dio por comprar y vender caballos. Macho Castro, vecino, tenía un alazán muy bonito, José Joaquín quería hacerse del caballo y vivía ofreciéndoselo comprar a Macho, pero este no quería venderlo, sin embargo tanto insistió José Joaquín que un día le dice





Macho: “-tendrias que pagarme un capricho, si me das quinientos pesos te lo vendo y si no no.” Era mucha plata, un caballo bueno valia €300,00 o €350,00 colones. Al fin trataron pero José siempre le ensartó un reloj y lo vuelto. Al poco tiempo lo vendió ganándose cincuenta colones. Salomón Montes tenía un caballo blanco, mosqueado, pasitrotero, muy bonito y lo mismo, aparentemente lo pagaba caro pero siempre sacaba ganancia.

En el trato que no le fue muy bien a José Joaquín, fue el que hizo con Claudio Azila, le compró un caballo grande, azulejo, de muy buena estampa, pero era ciclán, estos caballos son más inquietos que el garañón, persiguen salvajemente a la yegua, brincan cercas, pelean a muerte, etc. Cuando mi papá me mandaba a traer el caballo, lo que encontraba en el potrero era una verdadera batalla de bizcochazos y mordiscos, pues don Jorge Rodríguez tenía en el mismo potrero un garañón y todo el tiempo había peleas amorosas, casi siempre llegaba yo dos horas después sin caballo, esto ocasionó varias castigadas al principio, después se convenció papá, que yo no podía coger semejante animal, entonces hace trato con José Estrada, da el caballo y recibe una yegüita rosilla que al menos se necesitaban cuatro personas para cogerla, en el potrero algo ganó.

Finalmente, se hizo José Joaquín de un buen caballo, lo llamó El Cholo, era un caballo retinto quemado, patas blancas y un lucero en la frente, muy fuerte y de buen paso, este si le duró mucho tiempo, pues era el que le servía para viajar a la finca de San Lorenzo. Como José Joaquín era tan tratante, don Fadrique su suegro le encarga que le haga algún trato, quería deshacerse de un caballito que tenía y que le llamaban El Niguas, era un caballito blanco, pequeño y tenía las patas un tanto torcidas, parecía un buey pailetas, de ahí el apodo, don Fadrique, quería venderlo o cambiarlo, necesitaba un caballo más fuerte y bueno para la carga, pues El Niguas ese, era malito para cargar, lento y cuerudo y a veces hasta se dejaba caer en los barriales, eso sí; cuando iba de vuelta a la casa, había que sostenerlo, parecía el caballo de El Zorro; don Tino Salas tenía un caballón que no necesitaba, José Joaquín pensó que ese era el caballo que necesitaba don Fadrique, le propone trato a don Tino y no hubo mucha ajetreo ni discusión, cambiaron taco a taco en dos manazos. Cuando llevaba José Joaquín el caballo a don Fadrique, notó que se paraba en las cuestas y costaba un mundo que hiciera arranque, tardó como dos horas más de lo debido, resulta que el ruco estaba



avivado (contracción muscular severa) el resultado del trato fue que los dos se tiraron y don Fadrique resignado decía: - bueno, caballo grande aunque no ande y al menos sali del Niguas.

Este famoso Cholo, se convirtió en el consentido de la familia, todos le estimaban y querían por su mansedumbre, elegancia y demás, era muy fácil para cogerlo en el potrero, los chiquillos podían dar la vuelta a la manzana montados en él, manso para bañarlo, para ensillarlo, en fin... En una ocasión que se fueron de cacería José Joaquín y sus dos amigos y le encargan a Noé que llegue en la tarde con los víveres que tenían que llevar, esto porque Noé tenía que trabajar en la mañana, además yo tenía que venir de la escuela para ir a traer el caballo, la orden era: - Nuecito váyase a caballo para que no llegue muy tarde y se lleve las alforjas, se fueron tranquilos a sabiendas de que Nuecito llegaría seguro, al caer la tarde llega Noé donde estaban todos, hambrientos y esperando, el vacilón fue, venía Nuecito montado en el caballo y con las alforjas al hombro, "y díay Nuecito, ¿por qué con las alforjas al hombro?" - "hay que chiniar al caballito, cómo le van a echar toda la carga al pobre, consíderen" ¡a bárbarol

Otro día fue distinto, Nuecito no quiso o no podía, entonces, como no había quien fuera a llevarles la comida, me encargaron que hiciera el viaje. Yo tenía que venir de la escuela, almorzar e ir a coger el caballo al potrero, luego ensillarlo y hacer viaje, ese día, parecía que lo hacía el pisuicás, el caballo no se dejaba coger, estaba al borde de la desesperación, porque sabía de la severidad de papá, si llegaba muy tarde o no llegaba, la castigada era dura, gracias que llegaron dos muchachillos conocidos, Papi Camacho y Felillo Quesada y entre los tres pudimos coger el caballo. Se hacía tarde y era el largo el camino, como pude ensillé el caballo y entré corriendo a la cocina, cogí la portavianda y salí disparado, antes se usaban portaviandas de losa para jalar almuerzos o comida y eran muy pesadas, con la angustia de que me iba a coger la noche de camino, no me di cuenta de que cogí una portavianda vacía y nadie me dijo nada. Tenía que entrar por Calle León, cruzar por algunas fincas y potreros, hasta llegar a donde don Rosendo Castro, de ahí seguir por un trillo hasta llegar al bajo de El Peñón, donde le esperaban José Joaquín y los otros. Al llegar donde don Rosendo, la noche envolvió aquel lugar que se hacía tenebroso e inseguro para mí, que ni siquiera llevaba foco o luz alguna, seguí el camino a tientas a lo que el



ojo del caballo viera o el olfato o el instinto, ya iba con los nervios al tope, empezó a escuchar aves nocturnas, entre ellas, la famosa jü del león, eso casi m hace caer del caballo, del susto, al fin llegé a donde estaban los vagos esos, ni siquiera se les ocurrió ir a toparme y a sabiendas que no traía luz para el camino. Cuando llegé, todos gritaron de alborozo y José Joaquín empezó a rajar: -que les dije, que llegaba Vinchito a como hubiera lugar. - No puedo creerlo decía Claudio Carvajal; - es increíble decía Loli. Cuando cogió la portavianda José Joaquín y la destapó y vio que no llevaba nada, se enfureció, cortó un chilillo y me quiso dar una tunda, gracias a la intervención de Claudio, quien le hizo ver que se trataba de un niño de escuela y que era una verdadera hazaña lo que hizo al llegar hasta ahí, eso me salvó de la apaleada. Tuvieron que venirse a pata y muertos de hambre, a la una de la mañana llegaron al taller de José Joaquín donde estaba la portavianda con la comida. ¡a chiles!



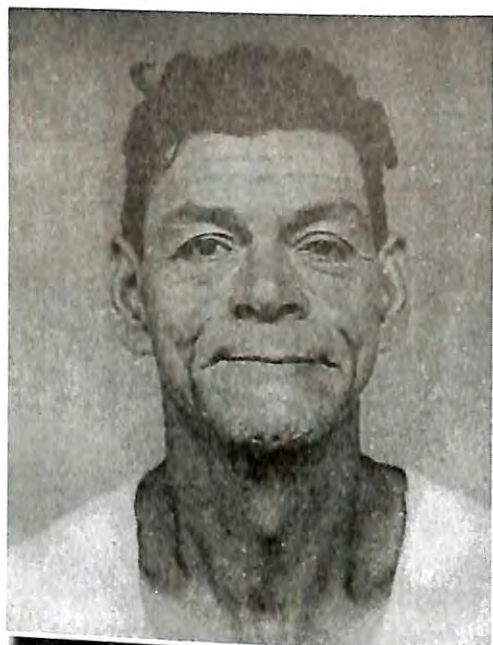
Don Juan Badilla (Tetoco)
Tipo polifacético ramonense.



*Don Rodrigo Jiménez (Loli)
Personaje popular
ramonense.*



*José Joaquín Orozco
y Bolívar Anchía (Pipo
Cruz, casa de Salomón
Montes)
100 mts. este de la
Iglesia del Tremedal.*



*Noé Torres Orozco, conocido como Noé Orozco
de quien se cuentan muchos chistes.*





Capítulo IX

1955 año crítico

Continúa José Joaquín en su trabajo con el gobierno. "chequeador de los tractores que trabajan en los caminos entre Piedades Sur, Salvador, Carrera Buena, etc. Mientras: meses antes, setiembre y octubre de 1954, se rumoraba de una posible contrarrevolución, invasión desde Nicaragua por soldados ticos y nicas, con el propósito de tomar Guanacaste "Liberia" y de ser posible, derrocar al gobierno de José Figueres. Empieza en varias partes del país, la preparación de soldados y cadetes voluntarios. En San Ramón, no fue la excepción, pueblo que siempre ha dicho presente en situaciones difíciles. Don Eduardo Zamora "don Yago" reúne un grupo de voluntarios de todas las edades y empieza a darles cierta preparación militar, prácticas que se llevan a cabo en diferentes distritos de San Ramón, San Pedro, San Rafael, Santiago y San Juan. Se practica tiro al blanco, manejo de armas de distintos calibres hasta ametralladoras y morteros, además: marchas y ejercicios militares que se efectuaban en el Palacio Municipal. Don Eduardo contaba con la ayuda y asesoramiento de expertos militares que venían de San José. José Luis, hijo de don José Joaquín, se había alistado en el grupo de cadetes a escondidas de su papá, pues era menor de edad y de seguro no contaría con permiso alguno. Enero de 1955 estalla la invasión en Guanacaste, la situación se pone más que tensa, las fuerzas invasoras cuentan con aviones de guerra, ametrallan Liberia y Cañas. Lllaman a filas al grupo de San Ramón, José Joaquín al darse cuenta que su hijo José Luis se disponía a viajar con el pelotón, no lo permitió de ninguna manera y a cambio se ofreció él. Sin embargo, su otro hijo, Wilbert Orozco Reyes, quien no vivía con la familia Orozco Flores — Orozco Alpizar, si viajó con el grupo.


Tres o cuatro vagonetas transportaban a 40 soldados voluntarios de San Ramón, Palmares y otros lugares hacia Liberia. 16 de enero de 1955 parten rumbo a Cañas, al llegar, se topan con la no muy agradable sorpresa de que el día anterior, se había librado una batalla sangrienta en el lugar, la escuela fue ametrallada con armas de grueso calibre, hubo varios muertos y muchos heridos, desafortunadamente, en esa refriega perdió la vida Mario Cordero Croceri, un joven que trabajaba en el Banco Nacional de





San Ramón y que jugaba con el equipo de fútbol del pueblo. El pelotón de ramonenses y palmareños al mando de Antonio Valerio se guarecen en la escuela, para comer algo. La intranquilidad y temor cunden en el entorno pues se espera otro ataque de los rebeldes. Gracias a Dios el ataque no se da y la tropa pudo dormir un poco. El día 17 salen para Santa Rosa, en Abogados hacen una parada para bañarse en el río y alimentarse, en la finca andan unos cerdos grandes, "compran uno", lo destazan, lo arreglan y la tropa pudo satisfacer sus necesidades.

Siguen para el punto de parada que era la Casona de Santa Rosa, a eso de las 4 de la tarde van llegando a su destino, descansan en los corrales y pasan la noche en la casona, hasta las doce de la noche, a esa hora había que ir a relevar a los que hacían guardia en el cerro Piñuelita y otros puntos. Los relevos se hacían cada 6 horas. Se le ordena a Toño Valerio que tenía unos 40 hombres a su cargo, llevar a un grupo de ellos para hacer el relevo, le dan dos baquianos muy conocedores de la zona, pues ni Toño ni los muchachos conocen el lugar, además había que ir sin luz alguna, era sencillamente un suicidio encender alguna linterna o algo, por estar en línea de fuego. Se hace el relevo de las 12 de la noche. A las 5 de la mañana, día 18, desayunaba el grupo que seguía el relevo de las 6. En la guardia del día anterior, 17 de enero, José estuvo de centinela de 6 a 12 p.m.; sin embargo cuando Valerio llegó con algunos alimentos, se encontró a José Joaquín enfermo, lo cual procedió a relevarlo para que fuera a medicarse. En el relevo de 6 a.m. a 12 m.d. del día 18, José Joaquín ya aliviado, va con el grupo de ramonenses y otros a hacer guardia al cerrito La Piñuela. Valerio ordena a los muchachos que se camuflan con ramas y se ocultan lo mejor posible para no ser divisados por el enemigo, Valerio coloca a 4 francotiradores en los cuatro puntos cardinales. Rodrigo Jiménez "Loli", José Joaquín Orozco, Mario Rojas y Desiderio Mora, cada uno a su punto, más abajo, detrás de unos pedrones, estaban: Juan María Quesada "Peludo" y Rolando Soto F, desde luego, habían muchos otros soldados apostados en diferentes puntos. Se oyen disparos dispersos, cada vez se acentúan más, nuestras tropas contestan el fuego, aparecen dos tanquetas nicas ametrallando a diestra y siniestra, los del cerrito, ven caer las ramas de los árboles cortadas por las balas de las tanquetas, se contesta con fuego de ametralladora y fusilería, pese a que las tanquetas son blindadas, al menos, las mantuvieron a raya durante la mañana. En horas de la tarde, empezó la guerra de morteros.



Las tanquetas se habían retirado, José Joaquín había sido relevado, las granadas de los morteros enemigos caen cada vez más cerca. Cae la primera granada sobre el cerro, causando grandes destrozos, cae la segunda, causando muertes y muchos heridos, el ametralladorista nuestro, Tuca Monge, fue destrozado por la explosión. Gracias que nuestros morteros dirigidos por Rodrigo Valverde hijo, también acertaron, después de 32 disparos, dejaron de escucharse los morteros enemigos. Luego de un silencio misterioso, hubo movilización de parte de nuestras tropas para sacar heridos y muertos y llevarlos al hospital de Liberia. Después de esta acción, vendría la aviación que don Pepe Figueres había conseguido con gobiernos amigos, ametrallando y bombardeando tanquetas y tropas enemigas, haciéndolas rendirse y huir hacia Nicaragua definitivamente.

La normalidad vuelve al país, José Joaquín se reincorpora al trabajo, controlador de tractores. El 3 de diciembre, recibe la noticia ingrata de que su madre Mercedes Orozco Sandoval, había muerto y el 17 del mismo mes, contrae matrimonio su hijo mayor Edwin, con la joven Aleida Barrantes Campos.

En enero de 1956 trasladan los tractores a Miramar de Puntarenas y José continúa en su trabajo. Como a mediados de año terminan los trabajos en Miramar y José Joaquín vuelve al hogar. Lleva una vida normal: ir de cacería, ir al estadio a deleitarse viendo a sus hijos Efraín y Harvey lucirse en la gramilla, y... joder. Pasan unos años y se le ocurre irse a meter a la finca, y a decir verdad, nadie lo atajó, nadie le dijo: no cometes ese error, de por sí. si lo hubiesen hecho, no hubiera hecho caso.

EL MINISTERIO DE SEGURIDAD PÚBLICA

RINDE HOMENAJE
A LOS CAMARADAS QUE EMPUNARON LAS ARMAS
PARA DEFENDER LA SOBERANÍA COSTARRICENSE

1949 HEROES 1955

ESTADO MAYOR

JOSE FIGUERES FERRER

COMANDANTE EN JEFE

FRANCISCO J. ORLICH BOLMARCHICH

COMANDANTE

FERNANDO VALVERDE VEGA

MINISTRO DE SEGURIDAD PÚBLICA

EDGAR MORA GARCIA

DIPUTADO

COMPANIA B TERCER BATALLON

OFICIALES DE SAN JOSE

MANUEL A. QUIROS MAROTO

GUILLERMO RAMOS VALVERDE

WALTER GUILLÉN AGUILAR

LUIS POVEDA MADRIGAL

ALVARO UMAÑA VOLIO

GASTON GUARDIA BREALEY

EMILIO PACHECO UGALDE

EDMON WORICH

MIGUEL CHAVARRIA RUIZ

RUBEN AMADOR NARANJO

EDUARDO ROLDAN CALVO

DE SAN RAMON

EDUARDO ZAMORA BRENES

ANTONIO ACOSTA SALAZAR

JORGE QUESADA MUÑOZ

ANTONIO VALERIO ARROYO

EDUARDO LOSILLA GAMBOA

MAJOR

CAPITAN

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

II II

RAMON MURILLO CASTRO

RODRIGO VALVERDE ACOSTA

VALERIANO MIRANDA MONGE

FALLECIDO Y HERIDOS

EDUARDO LOBO CONEJO

JUAN RAFAEL MORA SALAS

ORONTES ALFARO OROZCO

NEFTALI RODRIGUEZ MENDEZ

RAFAEL RODRIGUEZ RODRIGUEZ

WILBERT ESPINOZA REYES

JOAQUIN RODRIGUEZ ALFARO

GONZALO PANIAGUA SOTO

RAFAEL ZAMORA JAENS

DOMINGO CHACON ROJAS

FRANCO TIROADORES

MARIO ROJAS ARIAS

RODRIGO JIMENEZ VILLALOBOS

JOSE OROZCO SANDOVAL

DESIDERIO MORA GAMBOA

HERIDOS TROPA

EUGENIO MORA BUSTAMANTE

HAROLD MORA GOMEZ

ZENEN RUIZ MORALES

JOSE MANUEL JIMENEZ PANIAGUA

CLAUDIO CESAR ARAYA RODRIGUEZ

HERNAN ARAYA ARAYA

ARNALDO ACOSTA CASTRO

FRANCISCO ALFARO BADIALLA

GILBERTH ARTAVIA ESQUIVEL

MARCIAL BARRANTES ESPINOZA

ANTONIO BOLANOS ALVARADO

ROCELIO BOLANOS ALVARADO

FRANCISCO CAMBRONERO ZUMBADO

LUIS A. CAMBRONERO GAMBOA

OMAR CARDENAS GONZALEZ

ARNULFO CARMONA BENAVIDES

JUAN M. CAMPOS MOYA

ALFREDO CASTRO ARROYO

JORGE CESPEDAS ARAYA

CARLOS CORDOBA NUÑEZ

ALVARO CORRALES MORA

LEONIDAS CUADRA PARAJELES

EDDIE CHAVES OROZCO

JORGE DURAN ULATE

JOSE A. GAMBOA VILLALOBOS

MARIO GAMBOA VEGA

ALAIN GARCIA GAMBOA

ROQUE GRANADOS LOBO

OSCAR W. GUELL MORA

MAXIMILIANO GUEVARA BOGANTES

ROCELIO HIDALGO BARRANTES

FERNANDO LOBO GAMBOA

LUIS A. RODRIGUEZ LOBO

JOSE R. LORIA PINEIRO

FELIX MONTERO UMAÑA

CARLOS MORA SALAS

NICOLAS MORA BUSTAMANTE

JORGE MORA BUSTAMANTE

JUAN R. MOYA MONTERO

HUMBERTO MORA CAMBRONERO

EUDOLIO NUÑEZ LOBO

LUIS E. NUÑEZ ACOSTA

FELIX PINEDA GONZALEZ

GERMAN PINEDA NUÑEZ

FULVIO QUESADA MORA

JUAN M. QUESADA CESPEDAS

Fotos
cortesía de
don Antonio
Valerio.



Jóvenes
ramonenses
que resultaron
heridos en
batalla.

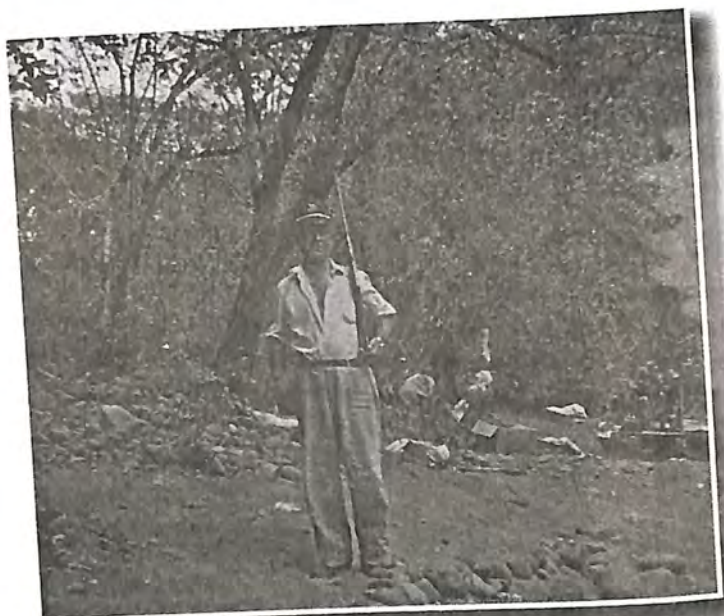
Gonzalo Paniagua "Chalo", Orontes Alfaro, Joaquín Rodríguez, Neftalí Rodríguez "Tito"

Antonio Valerio,
Ricarte Alpizar,
Edie Chaves y
otros.





Vagonetas llevando voluntarios frente al Palacio Municipal San Ramón



José Joaquín Orozco Sandoval, haciendo guardia



Capítulo X

José forma grupo aparte

Forma José Joaquín un grupito aparte para salir en semana santa, Arturo Bonilla, Chino Cruz, Lico Flores y Edwin, el hijo mayor de José Joaquín, la idea era pasar tres días en medio de la montaña, cerca de un ruyito hicieron una especie de enramada, cuatro horquetas, unas varillas y ramas encima, tres tinamastes para la cocinada y listo el campamento, eso sí, había que ir largo a hacer las necesidades, por aquello...

Al caer la tarde, los rayos del sol se proyectaban sobre las copas de los árboles y se filtraban por entre las hojas matizadas, dando la impresión de que apareciera alguna imagen divina, los pájaros, las chicharras y chicharrones a todo pulmón, parecía que daban gracias al Creador por un día más, las penumbras de la noche invadían poco a poco el entorno, la sinfonía perpetua de los grillos raspaban las ondas sonoras del silencio y el misterio cundía en el ambiente sagrado del bosque. Los leños secos ardientes, a todo fulgor se encargaban de reemplazar la luz del día, a la vez que calentaban una cafetera con agua, para destilar el cafecito de rigor antes de ir a dormir. Vino la hora de acostarse, yo en medio, por aquello del miedo. La noche hacía gala de su férrea oscuridad y yo con los ojos muy abiertos casi desorbitados, como queriendo ver más allá de los gruesos telones negros que cobijaban el lugar, fue cuando empezaron Lico, José Joaquín y Arturo a contar historias y experiencias expectantes, que llenaron de emociones sutiles mi mente y mi corazón inocente que no olvidaría jamás.

Estos paseos de Semana Santa se fueron oficializando, se fueron haciendo tradicionales, cada año, cuando se acercaba la Semana Santa, unos 15 días antes ya se estaba planeando el paseo y cada vez se sumaba algún miembro más de la familia, esta vez se incorporaron al grupo José Luis y Efraín, este último muy jovencito escasos siete u ocho años. Uno de los monteadores, trajo un racimo de cuadrados con el fin de ponerlo de comedero, por si llegaba algún animal a comer y poder tirarlo, el racimo estaba medio verde y medio maduro, es decir pintón, lo pusieron por ahí y en un descuido, Efraín lo vio muy apetitoso y arrancó una cuadrada, la que vio más madurita y





Capítulo X

José forma grupo aparte

Forma José Joaquín un grupito aparte para salir en semana santa, Arturo Bonilla, Chino Cruz, Lico Flores y Edwin, el hijo mayor de José Joaquín, la idea era pasar tres días en medio de la montaña, cerca de un ruyito hicieron una especie de enramada, cuatro horquetas, unas varillas y ramas encima, tres tinamastes para la cocinada y listo el campamento, eso sí, había que ir largo a hacer las necesidades, por aquello...

Al caer la tarde, los rayos del sol se proyectaban sobre las copas de los árboles y se filtraban por entre las hojas matizadas, dando la impresión de que aparecería alguna imagen divina, los pájaros, las chicharras y chicharrones a todo pulmón, parecía que daban gracias al Creador por un día más, las penumbras de la noche invadían poco a poco el entorno, la sinfonía perpetua de los grillos raspaban las ondas sonoras del silencio y el misterio cundía en el ambiente sagrado del bosque. Los leños secos ardientes, a todo fulgor se encargaban de reemplazar la luz del día, a la vez que calentaban una cafetera con agua, para destilar el cafecito de rigor antes de ir a dormir. Vino la hora de acostarse, yo en medio, por aquello del miedo. La noche hacía gala de su férrea oscuridad y yo con los ojos muy abiertos casi desorbitados, como queriendo ver más allá de los gruesos telones negros que cobijaban el lugar, fue cuando empezaron Lico, José Joaquín y Arturo a contar historias y experiencias expectantes, que llenaron de emociones sutiles mi mente y mi corazón inocente que no olvidaría jamás.

Estos paseos de Semana Santa se fueron oficializando, se fueron haciendo tradicionales, cada año, cuando se acercaba la Semana Santa, unos 15 días antes ya se estaba planeando el paseo y cada vez se sumaba algún miembro más de la familia, esta vez se incorporaron al grupo José Luis y Efraín, este último muy jovencito escasos siete u ocho años. Uno de los monteadores, trajo un racimo de cuadrados con el fin de ponerlo de comedero, por si llegaba algún animal a comer y poder tirarlo, el racimo estaba medio verde y medio maduro, es decir pintón, lo pusieron por ahí y en un descuido, Efraín lo vio muy apetitoso y arrancó una cuadrada, la que vio más madurita y





a escondidas se la comió, claro que le cayó mal, le dieron algunos vómitos y hasta diarrea, dichosamente había carbonato y aguadulce, le dieron con un poquito de sal y esto lo calmó. Lico que era sumamente jocoso, aprovecho para hacer unos versos al respecto:

En este lindo paseo
en las montañas del Peñón
alguien se comió un guineo
que estaba medio verdión.

Tal vez con la esperanza
de que cuenta no se dieran
pero le dio un mal de panza
tirando a cagadera.

Todos en el grupo
no hallaban ni que hacer
cuando la verdad se supo
carbonato tuvo que beber.

Tal vez un poco de pasmo
o pega pudiera ser
comió con tal entusiasmo
que ya no sé ni que creer.

A llevarlo donde Amanda
por si acaso es una pega
o al doctor tal vez lo manda
al hospital Valverde Vega.

Cuando ya estuvo compuesto
por consejo del doctor
ruda le dio en un fresco
porque era pan de calor.



Cada año se hacía más grande el grupo para ir de paseo en Semana Santa, Lico Flores, era el cuque oficial, José Joaquín, desde luego era el jefe, el que organizaba los paseos, él sabía a quién invitaba y a quién no; Pipo Cruz y Tito Rodríguez eran muchachillos de confianza y fueron incluidos dentro del grupo. Dos años más fueron a la misma parte, luego se pensó en cambiar de sitio. El año siguiente, al bajo de La Tiliana, finca de los Orlich, Yolanda, Mercedes, etc., ahí habían muy buenas quebradas cargadas de camarones y eso fue el gran atractivo de ese año, en las noches, a alistar carburas y focos y todo el mundo a coger camarones. Al principio, casi todos se nos iban porque no sabíamos cogerlos, otro día pasó un parroquiano por ahí y nos explicó más o menos como había que hacer para cogerlos, levantando piedras y metiendo la mano, claro había que llevarse cada prensónazo de las tenazas de los más grandes. Al fin, fuimos cogiendo cierta cantidad que alcanzaría para un buen arroz, otro día Lico se encargaba de pelarlos, arreglarlos y dejarlos en agua de sal para que no se pusieran malos. El gran número esa noche fue que José Joaquín entusiasmado, se paró en una piedra en medio de una poza y al querer prensar un camarón con una horqueta que se hizo, se le resbalaron ... y fue a dar a media poza, el hombre salió gateando y quien sabe donde metió la mano, la cuestión fue que cuando salió del agua, llevaba un camarón pegado en un dedo, a la velocidad de un rayo se lo quitó, dijo algunas palabras y esto hizo estallar las carcajadas de todo mundo, José Joaquín a cambiarse de ropa y el vacilón continuó por el resto de la noche.

Con los años fue creciendo el grupo, al punto que llegaron a formarlo hasta 32 personas, entre los que iban estaban: los Alpizar, Hermes y Limberg, Beto y Nato Miranda, Loco Morera, Cachi Jiménez, Colochón, Pulido, todos los Orozco, José, Edwin, José Luis, Efraín, Harvey, algunos otros y Lico Flores como cocinero, esta vez con ayudante porque se hacía dura la cocinada, con tantos garifos que iban. Oscar Vásquez, prestaba un manteado de camión para formar el campamento, dicho manteado pesaba demasiado, y para llevarlo se hacía difícil tomando en cuenta que, de donde se dejaban los carros, había que caminar como una hora, además el resto de la carga era mucha, lo que hacíamos era cargar el manteado un rato cada uno o a veces en una vara larga lo cargaban entre dos, pero los demás iban recargados con algunas cajas de viveres, maletines, etc.



Fello Charanga iba adelante, con una gran caja, nadie le decía nada, hasta que en una parada, para descansar, se notó que puso la caja con cierta facilidad al suelo, alguien intrigado fue a ver que llevaba en la caja, era un poco de pan blanco y papeles, claro, todo mundo le cayó encima y le cargaron el manteado por el resto del camino, iba en un pujido que parecía una parturienta.

El año siguiente se incorporaron otros personajes como don Glauco Araya, Edgar Zúñiga, Memo Vargas, Ulises Cordero y Pipo Barrantes, este último como cocinero, sustituyendo a Lico que ya era muy mayor, siempre nos acompañó Lico. Este paseo fue extraordinario por la calidad de personajes que iban.

Las salidas y chistes de Nato Miranda y de Pipo Barrantes, hacían estallar las carcajadas y gritos de todos, las anécdotas de Glauco, Memo, Lico y José, llenos de experiencia, colorido y suspenso, los comentarios y poesías de Ulises y los acordes musicales de cuatro guitarras tocadas por Alvaro Ulate, Vidal Elizondo, Edwin y José Luis Orozco y la intervención espontánea de una dulzaina romántica y melodiosa tocada por Harvey Orozco.

En aquellas noches cuando la luna parecía resbalar en los rápidos del río y bailar desnuda en los remansos cristalinos, el aire puro, cargado de aromas silvestres de malinches y jarales, el calor intermitente de la fogata y el grito esperado y bien amado de ... ya está la comida cabrones. Todo este marco de espontaneidad, algarabía y camaradería, con rasgos de libertad espiritual, ensueños y fantasía, hecha realidad, quedó grabada por siempre en las mentes y corazones de todos y cada uno de los participantes.

Este paseo fue excepcional, a alguien se le ocurrió que había que hacer una votación, una especie de política para elegir un presidente, lógicamente se escogieron como candidatos a los más viejos y no por viejos sino por ser los cabecillas del grupo, por tanto se escogieron y asignaron a José Joaquín Orozco por el partido oficialista y José Manuel Flores -Lico- por el partido opositor. Hubo una verdadera organización, así: el presidente del Tribunal Supremo de Elecciones lo fue Ulises Cordero, representante legal y coordinador: Glauco Araya, entrevistador oficial de Radio CTV en el aire: Efraín Orozco, por el partido opositor candidato a vicepresidente y orador: Memo Vargas, candidato a diputado: José Marcos Miranda Cordero -Nato,



orador: Eugenio Araya Chacón; los demás puestos se fueron dando, según las aspiraciones y capacidad de cada quien. Por el partido oficialista, candidato a vicepresidente y orador: Edwin Orozco, candidatos a diputados: Pipo Barrantes y José Luis Orozco, orador: Pipito Barrantes Corrales. Todo listo para los comicios en el Pueblo de Alcornoque, papeletas, recinto donde votar y hasta fiscales y autoridad, sólo un amago de pleito quiso haber cerca del recinto de votación, pero fue disuelto inmediatamente por la autoridad, los revoltosos, fueron dispersados y amenazados, de volver a reincidir, serían depositados en el río con todo y ropa, esta terrible condena puso a meditar a más de uno, además de ser reincidente, el castigo sería más severo, dos horas sin tomar café, así las cosas, nadie se expuso a semejantes castigos. Arranca la campaña, se permite poner banderas, carteles, afiches y toda clase de propaganda y desde luego hacer proselitismo. Se "anuncia los últimos discursos de plaza" para el jueves santo en la noche. Primeramente hace uso de la palabra el excelentísimo señor presidente del Tribunal Supremo de Elecciones, don Ulises Cordero, después de sus palabras de salutación, hace un llamado fehaciente al pueblo de Alcornoque, para que mantenga la cordura y ejerzan del derecho al voto, derecho a escoger el candidato que creían será el que mejor venga a regir los destinos de los más necesitados, que proponga mejores políticas agrarias, mejor educación y mejor salud para todos y por su parte, asegura que los comicios serán nitidos y puros como el agua cristalina del río Barranca que nos rodea. Este discurso fue sencillamente extraordinario. Hace uso de la palabra el primer orador del partido opositor: Guillermo Vargas Roldán, Glauco Araya, en su calidad de representante legal y coordinador, hace la presentación de los oradores y candidatos. Vargas en su discurso destaca la espontaneidad, sinceridad y buenos deseos de su candidato José Manuel Flores -Lico-, hace la denuncia de que el candidato oficialista José Joaquín, es un hombre peligroso, porque siempre anda con armas y mal acompañado, que esto es perjudicial para el pueblo de Alcornoque, que lo que más conviene es un hombre pacífico, tolerante, cristiano (que pellejo, dijo entre comillas). El segundo orador de la noche es por parte del partido oficialista, el candidato a diputado Edwin Orozco, destaca las bondades del candidato oficialista, hombre con una gran visión futurista, hombre de acción que promete erradicar la pobreza, arreglar el camino hacia la poza, para que en un futuro, los bañistas no tengan problemas para llegar a bañarse y a acampar y destaca que con José Joaquín a la cabeza llegaremos hasta La Duquesa. Hace uso de la palabra

el señor José Marcos Miranda -Nato- hace mención de la juventud del pueblo del Alcornoque, juventud que se levanta a las cinco de la mañana, orina y se vuelve a acostar hasta las diez u once de la mañana, que esa es la juventud que el pueblo necesita y desde luego es la juventud que apoya a nuestro ilustre candidato, Lico, hace hincapié en la honradez de la alta dirigencia del partido, dice que él, candidato a diputado, es el cobrador de los buses de don Glauco Araya, y que después de la carrera, pone a don Glauco a escoger cual bolsa quiere, si la derecha o la izquierda, eso es nitidez, eso es honradez y que con gente así, estará seguro el pueblo de Alcornoque. José Luis Orozco, defensor de los ideales oficialistas y candidato a diputado expone: "que en estos momentos en que el pueblo está contrulso, lo mejor es descontrulsarlo y que para eso se necesita un presidente firme, sin palanganeos ni pendejadas, que sepa descontrulsar las cosas, como él es un descontrulso, si queremos descontrulsar por José Joaquín debemos votar. Eugenio Araya, de la juventud liqueana, no hizo más que atacar al candidato del partido oficialista, José Joaquín, lo tildó de guerrillero, porque andaba una cuchilla de doble filo y que si ese hombre quedaba presidente, no volvería a haber pan en el pueblo. Ante semejante acusación, los ánimos empezaron a caldearse, gracias a la intervención del señor presidente del Tribunal Supremo de Elecciones, Ulises Cordero y el representante legal y coordinador don Glauco Araya, los ánimos fueron bajando de tono hasta calmarse totalmente. Faltaba el último orador de la juventud oficialista, Pipito Barrantes Corrales. En su sentido discurso dijo: "que le gustaba más el candidato don José Joaquín, porque era más gordo que Lico y que si la gente votaba por Lico, se iban a poner flacos como él, hay que votar por don José Joaquín, pa' que todos se pongan gorditos. Con este sentidísimo discurso se cerró el ciclo propagandístico y de hablada de los candidatos a diputados, ministros y otros. Se anuncia la intervención de los candidatos a la presidencia por el pueblo de Alcornoque, ésta es la última oportunidad para que los señores candidatos expongan ante el pueblo todos sus pensamientos, sus ideales, proyectos y que soluciones plantearían para tanto problema que asfixiaba al sufrido pueblo de Alcornoque. La emisora local Radio CTV en el aire, da cobertura al evento en cadena con la BBAC El Café y La Voz de los Chanchos. Se anuncia y se presenta por parte del coordinador oficial don Glauco Araya, el candidato presidencial, José Manuel Flores -Lico-, es recibido con gran entusiasmo y algarabía por sus parciales. Sube al estrado, con gran firmeza temblorínica, hace su salutación al público presente y



oyente y da inicio a su perorata, expone uno a uno sus puntos de vista; dotar de tierra a los que no se bañan, herramientas para los vagos, canastos de coger café, aunque no hayan cafetales, uniformes para los pachucos, armas para el Hogar de Ancianos, en cada uno de los puntos que manifestaba, era interrumpido por sus parciales que hervían de entusiasmo y como era de esperar, empezó a atacar a su adversario, dijo que era hombre peligroso porque siempre estaba armao o guatusa, que quería gobernar solo pa los de plata olvidando a los campesinos que querían labrar las tierras, así, fue alargando su discurso entre ataques y promesas hasta que al fin terminó pidiendo el voto de todos los Alcornuquistas. Ovación... y fue levantado en hombros por sus fanáticos. Se pide silencio y mesura por parte del coordinador y se anuncia la presentación del candidato oficialista don José Joaquín Orozco; fue recibido con estrépitos ovación, pólvora y hasta una cimarrona que puso la nota alegre provocando gritos y vívas al candidato José Joaquín, después de este torbellino de entusiasmo, se pide nuevamente, calma y silencio para escuchar el mensaje del señor Orozco: "Queridos compatriotas — inicio— para mí es un honor dirigirme al pueblo, porque sé las necesidades que hay en cada cosa, porque se que hay hambre y frío, desocupación y la escuelita que hay, no se ha caído porque los alambres de le electricidad la sostienen y a la maestra que hay se le pagan sueldos de hambre, aunque tiene títulos hasta de segundo grado, ésta situación no puede prevalecer en este pueblo, si ustedes me eligen, todo esto se arreglará porque hay conciencia y deseos de trabajar", El público frenético estalla en júbilo, sigue José Joaquín: "habrá tierra para todos y ya tenemos ochenta casas listas para repartir a la pobreza y con los proyectos que hay no faltará el trabajo, no habrá necesidad de que nuestros hombres tengan que abandonar el pueblo para buscar el sustento de sus hijos. Leyó la lista de prioridades que su gobierno cumpliría para bien de su pueblo. También hizo la defensa de los ataques de que fuera objeto por parte de su adversario Lico, empezó por decir: "que la moral de Lico no era muy pura que digamos, que lo habían visto muy sospechoso, conversando con Chela Vega y María Trabajitos y que además, andaba buscando botijas con Valeriano y Moncho Güervito. Estas acusaciones, rebasaron la copa de la duda y la convicción, muchos votantes que estaban indecisos, ya no sabían si votar o no. Todo listo para la votación. Llegó la hora de que el pueblo decidiera los destinos del Pueblo de Alcornoque, era la hora en que una mayoría de ciudadanos manifestara por medio del voto su santa voluntad y su derecho a elegir el candidato de





sus simpatías y quien sería el que tomara las riendas del poder, para un mejor futuro del pueblo.

Llegaron observadores internacionales: de Zanjo Negro, Chubasco y Nalga Rota, periodistas y algunas delegaciones gubernamentales extranjeras, se reforzó el cuerpo policial que velaría por el orden y seguridad de las votaciones. Se abre el recinto y las urnas. El movimiento fue copioso la mayor parte del día. Apenas cantó el cuye, se cerró la votación. Viene lo más importante, el conteo de votos, esta misión delicada, recayó sobre los hombros del presidente del Tribunal Supremo de Elecciones, don Ulises Cordero y el coordinador general Glauco Araya, a la una de la mañana se anuncia oficialmente, el triunfo, por un voto, del candidato oficialista don José Joaquín Orozco. En conferencia de prensa, el candidato perdedor señor Flores acepta la derrota y se pone a las órdenes del candidato ganador, señor Orozco, quien en su discurso, ya como primer mandatario, reconoce y acepta el ofrecimiento de quien ya no sería su adversario sino su colaborador en el gobierno y lo nombra como Primer Ministro de la República.

Y aquí paz y trabajo para todo el mundo.

Claro que la celebración fue grande, se abrieron las cantinas (un galón de guaro que tenía el cocinero guardado) los candidatos brindaron y casi se juman, los candidatos a diputados ganadores y perdedores, también brindaron y se jumaron y todo terminó en un fiestón. Por cierto que este fue uno de los últimos paseos de Semana Santa, como grupo grande, algunos formaron otro grupo y siguieron viajando a Playa Cocalito, Montezuma, otros prefirieron seguir paseando con sus familias y el grupo original se desintegró. ¡Todo tiene su fin! De toda esta narración y acontecimientos hay grabaciones, sumamente interesantes, para morirse de risa al escucharlas, además hay grabadas voces de personajes ya extintos como: don José Joaquín, don José Manuel -Lico- Flores, don Glauco Araya, don Ulises Cordero y Efraín Orozco. Esto da realce y valor a dichas grabaciones. Estos personajes marcaron pauta en estos paseos, no solo por ser los más veteranos del grupo, sino por su sabiduría, calidad humana y compañerismo, eran la voz de la experiencia, los conductores, creadores de fantasías, armonía y buen humor.

Fue mucho lo que aportaron para nuestra formación. Hoy les recordamos con mucho cariño.





*Semana Santa
Grupo de semanasaneros, al centro sentado José Joaquín.*







José Marcos Miranda (Ñato) y Carlos Darcia, pasando a Lico Flores (1 962)



Procesión. A la derecha Pipo Barrantes, Lico Flores, José Joaquín Orozco y Memo Vargas; alzando a "San Crispín de Aloche", Harvey Orozco con guitarra y nietos.



Don José Joaquín haciendo alarde de fuerza, alzando a Lico Flores, que pesaba 48 libras. Ambos tenían más de 80 años



José Joaquín Orozco Sandoval enseña a boxear



Capítulo XI

Una nueva aventura

A sus 65 años de edad, decide irse para la finca en San Lorenzo de San Ramón, según él, a trabajarla, a terminar de hacerla, pues la finca solo tenía unos potreros y un medio bananal, sus planes: ampliar los potreros y el bananal, para tener unas vacas buenas, sacarles crías, hacer queso y con el suero, bananos, tiquizque y otros, engordar cerdos, y esto para empezar, tenía la mente llena de planes y proyectos, quizá, un tanto descabellados, pero, de fantasías también se vive. Una de sus ideas: buscar la mina de oro, que se sabía existía en las montañas de la finca. Muchos años atrás unos coligalleros ramonenses, encontraron una veta en esas montañas, Daniel Durán y "Manco" Lobo, éstos hacían giras de varios días por entre montañas, entrando por Cataratas y caer al río La Balsa, que es el que bordea y hace límite a la finca, ahora de Orozco. Estos hombres acostumbrados a no temerle a nada y hacerle frente a todo, realizaban verdaderas odiseas por aquellas montañas inhóspitas (peligrosas), donde el peligro se oía, la incertidumbre y el temor a lo imprevisto, no parecía minar los nervios templados de estos hombres que, movidos por una idea, fija en sus mentes, como una estatua de hierro que se agrandaba y fortalecía por los efectos de la ilusión, de la aventura, lo ignoto y sobre todo: la hombrada que significaría encontrar su gran objetivo: "la Mina de los perdidos". Muchos años atrás, se hablaba de la existencia de esta mina, se decía que los que la encontraron, cuando quisieron regresar, no pudieron, se perdieron y los que la encontraban y lograban salir, nunca la volvían a encontrar, de ahí el nombre de "Mina de los perdidos". Era o es sumamente rica.

Daniel Durán y el Manco Lobo jamás encontraron la mina de los perdidos, pero sí encontraron una veta bastante buena en la finca que sería de Orozco años más tarde. Estuvieron sacando oro por mucho tiempo, todo parecía ir de maravilla, hasta que una serpiente venenosa "toboba" mordió a Manco. No hubo explicación de cómo salieron de semejante trance, lo cierto es que lograron llegar al hospital de San Ramón y le salvaron la vida a Manco. Después de eso, jamás volverían a la aventura de ir a extraer oro de esa veta. Mucho tiempo después Daniel murió y "Manco" estando





muy enfermo en el hospital mandó llamar a José Joaquín, para contarle la historia y decirle dónde estaba situada más o menos la veta. Esto entusiasmó sobremedura a José Joaquín.

El hecho de saber que en su finca existía una mina de oro, fue motivo de delirio, de planes, de sueños y hasta de desvelos para José. Siempre mantuvo la idea y esperanza de encontrar dicha mina. Muchas veces fuimos al sitio donde más o menos le indicó el Manco que estaría la veta, al parecer un enorme derrumbe cubrió totalmente la veta y sencillamente fue imposible localizarla. Otra de sus ideas lo fue la madera, la finca estaba plagada de mucha y muy buenas maderas y el hombre visualizó un buen negocio con la explotación de dichas maderas. Otro de los atractivos que endulzaban su entusiasmo era la cacería, de todos era sabido su gran afición por este "deporte", para él, ir una noche al bananal y tirar un tepezcuitle, era motivo de gran acontecimiento y alegría, él lo vería casi como un acto heroico, el ir solo de noche al bananal que estaba prácticamente en la montaña donde se sabía que cruzaba el tigre, unos años atrás había matado y comido una novilla en ese sitio, este y otros peligros como serpientes venenosas, el león y el hecho de ir solo donde podrían haber muchos peligros y riesgos, le daba pie para rajar cada vez que conversaba con alguien y a decir verdad; se sentía valiente y seguro.

Habría alguna otra razón que le impulsaba a tomar la decisión de ir a meterse a la finca.

¿Habría algún motivo o sentimiento poderoso, profundo, que solo quería contárselo a Dios? ¿Quería demostrar algo? ¿Sería capaz de enfrentar semejante riesgo, solo por el hecho de que dijeran que su hombría era probada? ¿Cuántas preguntas! ¿Sería solo ilusión? ¿Fantasía o el simple hecho de sentirse libre y compartir con el viento y la lluvia, esa espontaneidad antojadizas, sin barreras ni contradicciones? ¿Quería volar como su imaginación y demostrar que todavía era brazo fuerte, que todavía había fertilidad para producir como en la primavera de su juventud? ¿Quería contradecir los infames conceptos de la sociedad y de la familia misma, de que los viejos se van convirtiendo en un estorbo? Estas y mil preguntas más caben. Lo cierto es que el hombre se planteó el reto, lo aceptó y procedió a cumplirlo. En la finca ya había una casita que había servido para alojar a un peón y su familia, Elicio Badilla, de San Pedro de San Ramón, hombre





fuerte, voluntarioso, muy valiente y trabajador extraordinario, aceptó ir a trabajar a la finca, cuando fueron a llevarlo a la finca en un jeep, este apenas llegó a La Balsa, el camino sencillamente no permitía el paso de un carro. Elicio, cargó sus maletas al hombro y la señora al niño de un año que tenían, tres horas por lo menos a pie por un camino dificultoso y solitario.

José Joaquín hizo algunos arreglos a la casita que era toda de cinc, techo y paredes, un tabique o división de palmilera para apartar el dormitorio de la cocina y guardaba otro cuartito, el que José Joaquín utilizaba cuando visitaba la finca, piso de tierra, sin ventanas, un camón grande, rústico, de madera rolliza y un cajón para el niño, en el cuarto principal; en el de las visitas, otro camón, un banquito, un alambre liso, tensado, para tender las ropas, una botella como candelero y en una esquina: una hacha, una pala y el cuchillo colgando de un clavo, desde luego; las botas y la capa y en una repisa, una colección de pilas viejas de foco y un tarrito, tal vez con algún menudo y el frasquito de Zepol, infaltable en ese lugar,

La cocina comedor, un fogón de tinamastes para leña, una tabla gruesa como moledero, una mesita y tres bancos "el otro estaba en el cuarto", una pilita de madera como fregadero pues no había cañería, el agua se traía de la naciente que quedaba como a 50 varas de la casa, el baño, un chorro de agua que caía más abajo, de la misma quebradita y la clásica letrina a unas cuantas varas de la casa, la puerta de la letrina: un saco abierto de gangoche. Uno de los arreglos que le hizo José Joaquín a la vivienda fue un alerito al frente, para poner una banquita para tardear cuando no llovía mucho, eso sí, el panorama era extraordinario. Al frente se apreciaban las montañas lóbregas, frescas, magníficas, matizadas de mil colores, donde se orquestaban las mejores melodías, edénicas, sublimes, elevadas al cielo por cientos de pájaros cantores. Al otro lado: se veía todo el potrero hasta perderse en el bosque que rodeaba al río La Balsa. Al inicio del potrero, un palencón enorme de cenizaro, cargado de midos de bulliciosas oropéndolas, que vivían de fiesta todo el día. Un enorme bejuco colgaba de una de sus ramas, para mecerse y jugar de Tarzán por un rato. Ese era más o menos el panorama.





José Joaquín se traslada a la finca

Debidamente instalado en la casita, con más o menos lo necesario, ropas y provisiones como para un mes.


Empieza a trabajar, primero que todo, entorajar leña porque en invierno es difícil conseguir leña seca. Procede a comprar unos chanchos, pues la cosecha de bananos está buena y hay que aprovecharla y un malangal que había sembrado Elicio, también estaba a punto. Compra los cerdos a don Guillermo Lara, un vecino cercano, seis serruchos de mala calidad, pero no había de otra, don Guillermo tenía una chancha parida y había que aprovechar, de lo contrario tendría que ir a Las Rocas o Santa Clara y era sumamente costoso. Al principio los tenía en un encierro cerca de la casa y traía los racimos de bananos al hombro o a veces a caballo, este trabajo le estaba devastando demasiado, además ordeñaba dos vacas, arrancar malanga, lavar sus ropas, cocinar...

José Joaquín hace un encierro cerca del bananal, esto le facilita mucho el trabajo, sin embargo, era demasiado pesado y duro para un hombre de cierta edad y no acostumbrado a esas labores, pero su voluntad y su orgullo no le permitían declinar.

José Joaquín se asocia con Edwin, su hijo mayor

Me propone venderme la mitad de la finca, es decir, la mitad del valor de la misma y trabajar en sociedad. Al conocer yo la situación precaria que le abrazaba, la falta de contenido económico, factor crítico que no le permitía desenvolverse como quería y llenar muchas necesidades que le aquejaban. Yo le visitaba cada mes, para llevarle víveres y algunas cosas que mandaba pedir, pero sobre todo, para hacerle compañía, departir con él e interesarme por su salud, su estado anímico y en general que todo estuviera bien. Siempre me mandaba decir, en qué fecha fuera porque ya tenía listos los comederos, volteaba un racimo sazón, hacia un tabanco y eso significaba un tepezcuinte seguro, otro día bajábamos al río que estaba cargado de peces, bobos, machines, roncadorez y otros. Realmente la pasábamos muy bien ese par de días que yo permanecía en la finca con él. Se esforzaba por hacerme





creer, que era el hombre feliz en medio de tanta belleza natural, que aquello era el paraíso, que no se cambiaba por nadie y que aquello le daba vida, salud y alegría, sentía que estaba muy cerca de Dios y que todo caminaba de maravilla, sin embargo; pude constatar, que no había tal maravilla, ni paraíso, ni alegría, que todo era una ilusión creada para no ver la realidad, él sabía incluso que no podía engañarme y lo peor, no podía engañarse a sí mismo. La realidad era otra, si bien es cierto, el lugar era paradisíaco, pero sumamente duro y cruel para un hombre solo y con más de sesenta años de edad y no acostumbrado a esas labores de campo y lo más deprimente: la soledad, la ansiedad y un futuro totalmente incierto, le calaban profundo, noches enteras sin dormir, por cansancio y la incertidumbre de no saber qué hacer, si abandonar o seguir adelante, su ego no le permitía desertar, la lógica le decía que sí. A medida que avanzaba el tiempo, se sentía más solo, sin nadie a quien contar sus quejas, sus inquietudes, sus necesidades, sentía que la vida se le venía encima, cobrándole no se qué cosas.


Creía que estaba pagando algo, que tenía que purgar algunas culpas. En sus noches de desvelo, hacía un repaso profundo de cuanto había caminado y luchado por lograr algo y no era justo estar en esa situación.

Estas conjeturas le fueron causando gran depresión, al extremo de sentirse abandonado, despreciado de su familia y que ya era un estorbo. A veces encontraba un consuelo superfluo, ficticio, al menos por algún tiempo, su vecino Guillermo Lara sacaba chirrite, guaro de malísima calidad, turbio como la mente de un sátiro, bediondo, ¡el legítimo pedo de chanchol, sin embargo, parecía encontrar en el aguardiente y putrefacto, un velo que cubría y ocultaba un poco sus penas, quizá le hacía creer que las luciérnagas y carbunclos se vestían de gala para él y que la lluvia solo cantaba y bailaba romántica en el zinc de la casita. Largos monólogos con personajes ficticios, donde podía hablar a rienda suelta y contar sus proezas de hombria, sus conquistas y sus logros.

Nunca le oí quejarse, siempre dijo estar bien, se carboneaba solito para creerlo, pero también, quería demostrar algo, quería que sus hijos vieran en él, un ejemplo a seguir, quería demostrar que la vida es una lucha eterna y que hay que ser luchadores hasta el final.

Al ver esta situación, no lo pensé dos veces para asociarme con él en la finca. Conseguí el dinero que me pidió. Doña Nena Reyes me hizo el préstamo de la suma acordada, seis mil colones. Hecha la transacción, el acuerdo fue: yo me haría cargo de la parte económica, gastos de operación y un salario para él, él aportaría su trabajo. Si se compraban algunos animales, cerdos o vacas a medias, si daban alguna ganancia, se dividían equitativamente. Cuando se vendieron los primeros seis cerdos, dejaron una ganancia de treinta pesos, se le pagaron cuatro pesos a Deo Castro para que los sacara arreados al centro, más de doce horas tardó hasta La Balsa, por suerte ahí los compraron los Cedeño. Deo Castro, era un personaje interesante, que vivía en San Lorenzo; hombre pequeño, blanco, descalzo, medio cachetón, de amplia sonrisa, aunque casi no tenía dientes, los poquitos que tenía estaban en muy malas condiciones, era de la creencia, que, para qué cepillo de dientes habiendo hojas de guayabo, al parecer no le funcionó la idea. El pelo nunca supe de color era, pues nunca se quitó el sombrero. Este hombrécito, se dedicaba a arrear ganado, cerdos o lo que fuera, tenía toda la paciencia del mundo, no se inmutaba por nada y era muy valiente, cuando tenía que sacar chanchos gordos, salía al atardecer, para que le anocheciera de camino, pues decía que los chanchos caminan más de noche que de día, además que con el sol, puede ahogarse algún cerdo, aunque en ese tiempo y en ese lugar, el sol brillaba pero por su ausencia y llovía trece meses al año. Casi siempre le anochecía entre Cataratas y la Cuesta del Caballo, ahí los cerdos se echaban exhaustos y él en medio de ellos. Lugar tenebroso y solitario, hasta de día daba miedo pasar por ahí. Una noche, el tigre estaba a punto de atacarlos, gracias a su perrita Canela, que hizo gran escándalo y él dormía con la carbura encendida, en la escaramuza el hombre sacó el cuchillo, lo golpeó contra un palo y gritó fuerte y el tigre se retiró, algunos cerdos se le encharalaron, no fue sino hasta el otro día que logró reunirlos con la ayuda de la Canela.

La vida era muy dura en esa época y más para el labriego campesino, dispuesto siempre a hacer cualquier trabajo por duro que fuera, con tal de recaudar algunos colones para sus necesidades. Y era curioso, nadie se quejaba de la situación, nadie renegaba, más bien, había un conformismo generalizado, algunos, porque era la voluntad de Dios, decían, otros, porque eran incapaces de dar un paso más allá de ese círculo miserable y rutinario, sencillamente dejaban el agua correr sin preocupación alguna.



Sin embargo, es bueno destacar la hermandad colectiva que profesaban esas gentes entre sí, como que esa situación precaria, les hacía cumplir el mandamiento de amar al prójimo, de servirse y auxiliarse los unos a los otros, si una familia ese día tenía verdurita con carne, lo primero que hacía era apartar el bocadito para la vecina, ésta correspondía con unos bananitos maduros o algo, si en alguna casa ordeñaban una vaquita y en otra tenían niños pequeños, la botellita de leche se hacía llegar todos los días, si alguien enfermaba era preocupación de todos. Así, las adversidades parecían pesar menos sobre los hombros de todos.

Don Guillermo Lara vende y se va para el Bajo de los Rodríguez, José Joaquín se sintió un poco más solo, sin embargo, a los pocos días llegó una familia procedente de Alajuela, el nombre del señor era Agustín Díaz, venían a cuidar y trabajar la finca. Este señor se caracterizaba por un defecto físico muy notable, tenía los ojos desorbitados y como mirando "pal nispero", desgraciadamente todas las hijas nacieron con el defecto, esto no fue obstáculo para formar gran amistad entre José y don Agustín, señor de gran calidad humana, humilde y muy trabajador, al poco tiempo ya tenía hortalizas, rabanos, lechugas, culantro, etc., desde luego, eran compartidos. No duró mucho tiempo don Agustín y familia en la zona, una de las niñas quería entrar al colegio, esto, los bajos salarios y falta de garantías, hicieron que don Agustín tomara la decisión de regresar a su pueblo en Alajuela.

De nuevo la soledad empieza a calar en ánimo bastante decaído de José Joaquín, de nuevo, las noches se hacían largas y tortuosas. En el día por su mucha ocupación, quizá no le quedaba mucho tiempo para pensar y sentirse mal, por suerte, llegó un muchacho de nombre Zacarías Alpizar, muchacho valiente y con deseos de trabajar, esto animó bastante a José Joaquín, como que le llegó una nueva fuerza para seguir en su empeño y coronar sus anhelos. Hicieron gran amistad. El muchacho reforzó los propósitos de José Joaquín y le ayudaba mucho en sus tareas. Cuando podían, se iban de pesca y bañarse al río y a veces de cacería, se visitaban recíprocamente a tomar café y tenían largas conversaciones que parecían limar un poco sus desventuras. Una noche, estando en un tiradero de tepezcuintle, se llevaron un susto mayúsculo, oyeron gran estruendo que venía hacia ellos, como un animal muy grande, quebrando ramas y palos, los dos se erizaron, casi se cayeron del tiradero y dijeron: "por aquí es camino" y se jalaban casi corriendo. Después



contaba José; que era el oso caballo, animal bastante grande y muy peludo, tiene la cola como de caballo y la tiende sobre sus lomos, haciéndolo parecer más grande, fiero y feo, dicen los que lo conocen, que no le entran las balas. Zacarias dice que era el tigre, al final, no se sabe cual de los dos mentía más, la verdad, nunca vieron nada, nunca vieron que clase de animal era, cada quien dijo lo que la imaginación le dictó, al fin todo era parte de aquel mundo real o irreal en el que estaban sumergidos, cada quien endulzaba su propio paladar con el dulce de la fantasía, lo irreal y los sueños inalcanzables. Cada quien, hacía de su mundo utópico, un canto de esperanza, cada quien marcaba su propio camino hacia ninguna parte, pero creyendo en algo. Así el tiempo inexorable consumía las horas, los días que parecían iban más allá de las 24 horas. Pasaron los meses y José Joaquín empezó a ver lo real de lo irreal y que sus sueños eran solo eso, sueños. Un poco desanimado, planea el regreso a casa, encarga a Zacarias le cuide la finca, la haga algunos trabajos y le vigile los animales, a esa altura ya habían varias novillas vacas y terneros.

José Joaquín visitaba la finca cada 15 días o 22 a pagar a Zacarias, ver como andaba la cosa y disponer algunos trabajos. Muchas veces lo acompañe y pude aquilatar y valorar su gran esfuerzo y valentía y que no fue en vano su sacrificio y que cristalizó parte de sus anhelos.

Realmente marcó rutas, sentó bases para que nosotros, sus hijos, siguiéramos adelante sobre sus huellas, huellas que ni el tiempo, ni el viento, ni la lluvia, han podido borrar.

La sociedad, José Joaquín y Edwin funcionó varios años, hasta que José Joaquín cansado y con muchos almanaques encima, traspasa a su otro hijo Efraín, la parte que le pertenecía de la finca, nace así, la sociedad Edwin y Efraín. A la finca le habían puesto el sobrenombre de la "tragaplata", todo se lo tragaba y no producía nada.

Fueron pasando los años y José Joaquín los sumó todos, a la edad de 98 años, en la fiesta que le celebraron al cumplirlos, le dijeron que pidiera un deseo y en voz alta pidió larga vida. A sus 99 sufrió fractura de cadera, esto le impidió volver a caminar, el deterioro moral y físico fue determinante. Escasos 5 meses le faltaron para cumplir su gran anhelo: vivir 100 años, sin embargo, su antorcha flameó desde el 29 de setiembre de 1895 hasta el 2 de abril de 1995.





*Vista parcial de la finca de José Joaquín Orozco, hoy ocupada por la planta eléctrica
Benjamín Gutiérrez, San Lorenzo, San Ramón
1.950*





Octubre 1992
98 cumpleaños de José Joaquín Orozco Sandoval,
el deseo que pidió fue larga vida.



Glosario

Atarrá:	panal de comejenes.
Carrera:	término de monteadores cuando los perros ya van corriendo detrás de los animales.
Ciclán:	que queda mal castrado, le sacan solo un gñevo.
Corozos:	fruta sumamente dura que produce la palma real.
Cuevero:	que trabaja en cuevas escarbando.
Minas del Peñón:	hacienda de don Aquileo Orlich, Santiago de San Ramón.
Palmilera:	madera que se saca del tallo o corteza de lo que conocemos como palmito dulce, es sumamente sólida y de gran duración.
Plantan a los animales:	cuando el animal deja de correr y se enfrenta al perro.
Tigrillera:	nombre que le daban a una trampa para cazar animales.



José Joaquín Orozco Sandoval



Edwin Orozco Flores nació en San Ramón en julio de 1933. Durante toda su vida ha sido un cantautor apasionado, creando muchas canciones originales, diez de las cuales acaban de ser recopiladas en un hermoso disco. También ha contribuido al arte con dos poemarios, "Labrando briznas" y "Un soplo en el viento" y hoy nos deleita con este bello libro "León Manso" en el que nos cuenta las principales vivencias de su padre.

